3 1761 08695643 0

LS Castillo, Rafael del
C3527co El convidado de piedra.

EL TEATRO.
GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA.

EL CONVIDADO DE PIEDRA,

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ARREGLADA

SOBRE EL DRAMA DEL MISMO TÍTULO

POR

D. RAFAEL DEL CASTILLO,

MÚSICA

DEL MAESTRO MANENT.

BARCELONA:
IMPRENTA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
CALLE DE ROBADOR, NÚM. 24 Y 26.
1875.

LIBRERIA
Central
Tel. 23 52 55
Consejo Ciento, 257
BARCELONA
NUMERO
1495 · IX
Pts. 25

EL CONVIDADO DE PIEDRA.

EL

CONVIDADO DE PIEDRA,

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ARREGLADA

SOBRE EL DRAMA DEL MISMO TÍTULO

POR

D. RAFAEL DEL CASTILLO,

MÚSICA

DEL MAESTRO MANENT.

ESTRENADA CON SATISFACTORIO ÉXITO

EN EL TEATRO

CIRCO BARCELONÉS,

LA NOCHE DEL 30 DE OCTUBRE DE 1875.

BARCELONA:

IMPRENTA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR, NÚM. 24 Y 26.

1875.

LS
C3527co

669901
12.12.57

Personajes.		Actores.
D.ª ANA DE ULLOA.	SRITA.	ESTEVAN.
D.ª BEATRIZ DE FRESNEDA. .	SRA.	MARTIN.
LA SALADA (1).	»	VIADA.
UNA DUEÑA..	»	CELDRAN.
D. JUAN TENORIO.	SR.	ROUSET.
D. LUIS DE FRESNEDA. . . .	»	SOLER. (D. Enrique).
D. GONZALO DE ULLOA. . . .	»	BANQUELLS.
CAMACHO.	»	TORRES.
D. DIEGO TENORIO.	»	ALENTORN.
RAMON..	»	BORRELL.
EL MARQUÉS DE UREÑA. . .	»	FARRENY.

ESTUDIANTES, CABALLEROS, HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO.

(1) En las compañías de zarzuela de corto personal, puede hacer una misma actriz los papeles de *D.ª Beatriz* y *Salada*.

La accion pasa en Sevilla en los primeros años del siglo XVI.

Las empresas que deseen poner en escena esta zarzuela pueden dirigirse para la adquisicion de la música á D. Joaquin Casas, Archivero de música.— Barcelona.

Todas las indicaciones marcadas en la partitura, deben hacerse en la representacion.

La propiedad de esta obra pertenece á sus autores, y nadie podrá reimprimirla ni representarla sin su consentimiento ni en España ni en sus posesiones de Ultramar.

Los Sres. Comisionados de la Galería dramática *El Teatro* son los únicos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Orillas del Guadalquivir, en Sevilla, en la noche de la verbena de San Juan. Puestos de confitura caprichosamente iluminados.

ESCENA PRIMERA.

DAMAS, CABALLEROS, VENDEDORES *rodeando á* LA SALADA. *Despues* D. JUAN TENORIO, D. LUIS DE FRESNEDA *y el* MARQUÉS DE UREÑA.

CORO GENERAL.

No hay mas que ver,
no hay mas que oir,
es la sirena
del Guadalquivir.
Canta, canta Saladita,
que es muy dulce tu cantar.
Canta, canta, que otra copla
anhelamos escuchar.

SALADA.

Gracias, gracias, caballeros,
agradezco tal bondad
y me duele no agradaros,
mas la queda va á sonar.

CORO.

Nada temas, que la ronda
esta noche no vendrá.
Canta, canta, Saladita,
que enamora tu cantar.

SALADA.

Por serviros, otra copla
solamente he de cantar.
¡Ay!... ay!... ay!...
de la flor que entre abrojos
solo encuentra en la vida
penas y enojos.
Mal haya el amor, mal haya
y la mujer que le siente;
cuanto mas tierno se muestra
mas malas partidas tiene.
¡Ay! corazon!...
Cual te maltrata el hombre
sin compasion.
(Al terminar, se oyen las campanas tocando la queda. Todos quedan suspensos, y mientras tanto se oye dentro el coro de la Ronda.

CORO DE LA RONDA, *(dentro).*

Sevillanos, terminen las fiestas,
que la queda tocando está ya;
el jaleo y la broma concluyan,
y el castigo, con ello evitad.

CORO GENERAL EN ESCENA.

No hagas caso, Saladita,
da comienzo á otro cantar.
No te ocupes de la ronda
que hasta tí no llegará.

SALADA.

¡Ay!... ay!... ay!...
que pena siente el alma
cuando un ingrato roba
su dulce calma.
Un loco, me dijo un dia,
que eran los hombres muy malos;
por no haber querido creerle
por un hombre estoy llorando.
¡Ay! corazon!...
jamás, del hombre, creas
en la pasion.

CORO DE LA RONDA. *(Algo mas cerca).*

Las campanas de la queda
otra vez sonando están,
cesen, cesen, ya las fiestas
y el silencio reine ya.

CORO DE ESCENA.

No hagas caso, Saladita,
da comienzo á otro cantar.
No te ocupes de la ronda
que hasta tí no llegará.

SALADA.

Imposible caballeros,
que la ley bien clara está:
esperad hasta mañana
y otra vez me oireis cantar.
(Durante el canto anterior han aparecido en escena por distintos lados D. Juan Tenorio, acompañado del Marqués, algunos caballeros, Camacho y D. Luis de Fresneda. Ambos van recatándose el rostro con los embozos).

HABLADO.

D. LUIS. *(Aproximándose al grupo y poniendo una moneda en mano de la Salada).*
Un ducado por que cantes.

D. JUAN. *(Acercándose á su vez y dándole otra moneda).*
Yo niña, doblo la puesta;
con que á cantar de contado
mientras mi bolsa esté llena.

SALADA. Tantas gracias, caballeros;
mucho estimo sus finezas;
mas los edictos del rey
me impiden que os obedezca.

D. LUIS. Mi voluntad es primero
y aquestos ducados, prenda.
(La da nuevas monedas).

D. JUAN. Jamás donde yo me encuentro,
ni en dádivas, ni en ofertas,
ni en estocadas, ni amores,
hubo quien valer pudiera
mas que yo. ¿Te dan ducados?...
Yo te doy esa cadena
que pesa algunos doblones;
y canta, que me impacientas.
(Se quita una cadena que lleva al cuello y se la pone á Salada).

CAMACHO. (Viento de regalos corre,
presto vendrá la tormenta).
(Á D. Juan en voz baja).
Señor, dad paso á la mano,
y no os ciegue esa morena.

D. JUAN. ¿Por qué?

CAMACHO. Porque es la Salada.
¿Recordais? La ahijada vuestra.

D. JUAN. ¡Diablo! Garrida moza
se hizo ya la rapazuela.

D. Luis. *(A Salada).*
¿Pero cantas?
Salada. No me atrevo.
D. Juan. Hazlo por mi gusto, prenda.
D. Luis. Cantará por mi mandato.
D. Juan. *(Á D. Luis).*
Ved que doblo la fineza,
y si con oro no os venzo
el hierro quizás os venza.
D. Luis. Pues hablen ya las espadas
y queden mudas las lenguas.
Camacho. Señor...
D. Juan. Silencio.
Camacho. (Lo dije:
la tempestad está cerca).
Salada. *(Á D. Luis).*
Señor, señor, no hagais tal.
D. Luis. Has de cantar á la fuerza:
del que quede vencedor
será tu voz recompensa.
(Saca la espada).
D. Juan. Plácenle mucho á D. Juan
Tenorio tales empresas.
D. Luis. *(Desembozándose y corriendo hácia D. Juan lleno de alegría).*
¡D. Juan!
D. Juan. ¡D. Luis!
D. Luis. Por mi nombre,
que pesárame si hubiera
con vos cruzado mi acero.
D. Juan. Mi mano, D. Luis, es esta
D. Luis. Ved la mia y cesen ya
las importunas querellas,
que el placer de recobraros
con ventaja le supera
á la dicha de escuchar

enamoradas endechas.

CAMACHO. (Valiente placer tendrás
cuando sepas que corteja
á D.ª Beatriz, D. Juan,
y que no bastan las rejas
para galan cual mi amo.
Menuda va á ser la gresca).

D. JUAN. Me place veros, D. Luis,
tan mi amigo, y como prueba
de lo mucho que os estimo,
venid en compaña nuestra
á la vecina hostería,
y vaciando botellas,
á mi salud bebereis
y yo beberé á la vuestra.

D. LUIS. Honráisme mucho, D. Juan.

CAMACHO. (Y mas de lo que te piensas).

D. LUIS. ¿Cuándo llegásteis?

D. JUAN. Tres dias
en Sevilla cuento apenas.

MARQUÉS. Y ya suspira por él
mas de una linda doncella.

D. LUIS. Siempre el mismo.

D. JUAN. Es natural,
porque en edad tan provecta
no es fácil se modifique
quien tuvo tales ideas.

D. LUIS. Vamos á beber, señores,
que tengo gran impaciencia
por conocer de D. Juan
la historia de sus proezas
como soldado y galan,
durante su larga ausencia.

D. JUAN. Vamos, amigos. Camacho...
(Á sus compañeros y despues separándose con Camacho un poco, hablándole en voz baja).

Permitid... Vé con presteza,
y de Beatriz y de Ana
tráeme venturosas nuevas.
Vuelve pronto, y tu magin,
pon, buen Camacho, á prueba.

CAMACHO. Está muy bien.

D. JUAN. ¡Ah! procura
saber donde se alberga
la Salada.

CAMACHO. Pero...

D. JUAN. Marcha.
(Volviéndose á los demás).
Caballeros, á la mesa.
(Se dirigen todos por la izquierda. Camacho y Salada y parte de pueblo quedan en escena.

MUTACION.

Interior de una hostería. Mesas y sillas. Entran por el foro D. Juan, D. Luis, el Marqués, D. Diego Tenorio, que queda entre los caballeros y gente del pueblo, oculto el rostro por el embozo.

ESCENA II.

D. JUAN, D. LUIS, MARQUÉS, D. DIEGO, *caballeros y gente del pueblo.*

MARQUÉS. Este D. Juan, siempre igual.

D. JUAN. Siempre lo mismo, señores.

MARQUÉS. En pendencias y en amores
no tiene ningun rival.

D. JUAN. Mal hicieron, á fe mia,
en desterrarme de aquí;
tres dias ha que volví...

D. DIEGO. (Y á escándalo va por dia).

D. LUIS. Sentaos y bebed, señores

D. JUAN. Sírvenos bien, hosterero.

UNESTUD. Es galan el caballero.

UN HOMB. Y en valor, de los mejores.
D. LUIS. ¿Con que Francia?...
D. JUAN. ¡Brava tierra
para lidiar y querer!
buscando amor y placer
tomé mi parte en la guerra.
Con el hierro prevenido
y el traje bien perfumado,
triunfé como enamorado
y nunca en lid fui vencido.
Ora mi piel traspasaba
en ruda lucha el acero,
ora un acento hechicero
sus amores me contaba;
y peleando, y queriendo,
y frases de amor jurando,
y el juramento olvidando,
un año pasó corriendo.
Modelo, por lo inconstante,
llamábanme las mujeres...
De la mujer, los placeres,
solo duran un instante;
se la persigue, hasta hablarla,
se la obliga, hasta vencerla,
basta una hora de quererla
para despues olvidarla.
Y en eso son las francesas
modelo en lo resignadas;
bastantes dejé olvidadas
tras amorosas empresas.
Mas ninguna tras de mí
mandó su deudo ó su amigo,
aunque es verdad que conmigo
poco ganaran así.
Que si no admito encubiertos
que fisgoneen mis amores,

menos admito, señores,
desfacedores de entuertos,
y como supe vencer
á quien me vino á buscar,
en paz me llegué á quedar
para olvidar y querer.

MARQUÉS. ¿Y en Italia?

D. JUAN. Allí encontré
de todo, de malo y bueno;
hay allí mucho veneno
que apenas ninguno vé.
Vehemente, provocativa
es la italiana, sí tal;
mas tampoco tiene igual
en su saña vengativa.
Belleza, pasion, venganza
miré ante mí de contino,
pero á D. Juan, el destino,
si es adverso, no le alcanza.
Rica pradera de flores
á mi ansiedad se ofreció,
flores que presto agostó
el fuego de mis amores.
Altiva y noble señora,
humilde transtiverina,
inocente campesina
ó risueña pescadora,
todo mi amorosa llama
recorre con sed impaciente;
todo cede humildemente
ante el fuego que me inflama.
Y suelta la rienda, asalto
sin fijarme en la distancia,
desde la mísera estancia
hasta el palacio mas alto.
Me persiguen los maridos,

me amenazan los amantes,
los corchetes vigilantes
únense á los ofendidos,
mas, ¿qué me importa el tropel
siendo mi valor notorio?
Donde está D. Juan Tenorio
la victoria está con él.

MARQUÉS. ¡Bravo, D. Juan! y recuerdo
¿no conservais de ninguna?

D. JUAN. Guardara si fuese una,
mas de tantas no me acuerdo.

CAB. 1.° ¡Qué galan mas inconstante!

D. JUAN. ¡La constancia!... ¡Tontería!
¿Cómo, si no, gozaria
de ese placer delirante?
¿No es la mujer una flor?
¿y á la flor no la aspirais
y mas tarde la arrojais
cuando ha perdido su olor?
¿Pues qué crímen ha de ser
que yo aspire los amores,
y lo que haceis con las flores
lo haga yo con la mujer?

MARQUÉS. Siempre el mismo.

D. JUAN. Hasta morir.

D. LUIS. Bravo, D. Juan, y una vez
que habeis venido ¡par diez!
nos vamos á divertir.
Que siendo galanteador
y hermosas las sevillanas,
querreis de vuestras paisanas
poner á prueba el amor.

D. JUAN. Harto sabeis que al marchar
recuerdos de mí dejé;
ahora, amigos, volveré
mi pasado á recordar.

Y pues la noche procura
cien aventuras galantes,
aprovechar los instantes
aconseja la cordura.
Bebamos y del placer
lancémonos al camino;
con buena noche y buen vino
solo falta una mujer.

D. LUIS. Bien dicho, vamos allá.
Bebamos *(beben)*.

D. JUAN. *(Mirando)*. ¿Y mi criado,
que me ha de dar un recado
y no ha venido?...

MARQUÉS. *(Señalando á Camacho que entra por el foro)*.
Ahí está.

ESCENA III.

Dichos, CAMACHO.

(Se dirige D. Juan hácia Camacho y habla en voz baja con él).

D. JUAN. Con vuestra vénia, señores.
¿Viste á Beatriz?

CAMACHO. Sí por Dios.

D. JUAN. ¿Y D.ª Ana?

CAMACHO. Piensa en vos.

D. JUAN. ¿Y esperan?...

CAMACHO. Locas de amores.

D. JUAN. ¿Te dió la cita?

CAMACHO. Á las diez.

D. JUAN. ¿Y la dueña?

CAMACHO. Ya caerá.

D. JUAN. ¿Vendrá á mi casa?

CAMACHO. Vendrá.

D. JUAN. ¿Y habrá oposicion?

CAMACHO. Tal vez.
D. JUAN. ¿Salada?...
CAMACHO. Se va á casar.
D. JUAN. ¡Cómo!
CAMACHO. Sí tal, esta noche.
D. JUAN. Vé ahí una flor cuyo broche
es necesario aspirar.
CAMACHO. Pero señor.
D. JUAN. Dí al marido
que á la boda asistiré
y la fiesta pagaré.
CAMACHO. ¿Estais en vos?
D. JUAN. ¿No has oido?
La Salada me acomoda.
CAMACHO. Harto así lo considero.
D. JUAN. Veré á Beatriz lo primero
y despues iré á la boda.
(Se separa D. Juan de Camacho y se dirige á sus amigos).
Señores, cuando gusteis.
MARQUÉS. Cuando os plazca.
D. JUAN. Pues marchemos,
y si aventuras queremos
conmigo siempre tendreis.
(Van á salir, cuando se adelanta D. Diego y le corta el paso).
D. DIEGO. *(Desembozándose).*
¡D. Juan!...
D. JUAN. *(Contrariado).*
¡Mi padre!
D. DIEGO. Quisiera
con vos un momento hablar.
D. JUAN. La ocasion no es oportuna.
D. DIEGO. Es preciso.
D. JUAN. *(Á sus amigos).*
Perdonad

si otra vez vuelvo á obligaros
á esperarme.

MARQUÉS. No hay que hablar.
Siendo tan justo el motivo...

D. JUAN. Presto mi padre se irá
y al momento...

MARQUÉS. Fuera estamos.

D. JUAN. No os haré desesperar.
(Vánse D. Luis, Marqués y caballeros).

ESCENA IV.

D. JUAN, D. DIEGO *y* CAMACHO.

CAMACHO. (Gran tempestad se prepara
segun trae el viejo la faz).

D. JUAN. Ya veis que están aguardando.

D. DIEGO. Harto me hiciste esperar
que tus locos devaneos
tuviesen término ya.

D. JUAN. Si con sermones venís,
templar podeis vuestro afan,
que humanas reconvenciones
no me pueden obligar.

D. DIEGO. Es decir que vuestro pecho
cerrado al honor está;
que es vuestro sino en la tierra
sembrar por doquier el mal;
que rechazais el acento
de paterna autoridad,
y que siendo ya mal hijo,
mal caballero será
quien rechaza la justicia
del reproche paternal.

D. JUAN. ¡Vive Dios! que si esas canas
no me hicieran respetar

aun mas que al padre, el anciano,
yo os obligara á callar.

D. Diego. Sellad el labio, selladle,
y tanto ardor refrenad;
que aunque viejo y vos tan mozo,
aun sé hacerme respetar.
Tres dias há que á Sevilla
tornásteis por nuestro mal,
y tres dias há que el escándalo
pregona que estais acá.
Corregido os suponia,
que no pude sospechar
que quien malas mañas tiene
nunca ceja en la maldad,
y al saber vuestra conducta,
un desengaño fatal
recibí. El Comendador,
con quien pude concertar
la union de su hija Ana
con vos, ceñuda la faz
y su enojo refrenando
á duras penas, á hablar
me vino ayer, y sus quejas
harto fundadas están.
Suplicóme rescindiera
el compromiso formal
que contrajera conmigo,
y no me pude negar;
que quien cual vos en orgías
solo culto al vicio dá,
y entre mujeres perdidas
y rufianes sin lealtad,
en reyertas y amoríos
cada vez se pierde mas,
no merece que una honrada
doncella le pueda dar

con su mano, su honra y fama,
cuando él infamado está.

D. JUAN. Poned ya coto á la lengua,
padre y señor, que en verdad
de mí mismo me sorprendo
al ver que os pude escuchar.

D. DIEGO. Tambien á mí me sorprende
que la divina bondad
permita se engendren hijos
que nos puedan deshonrar.

D. JUAN. Si D. Gonzalo rechaza
el trato matrimonial
concertado, prevenidle
que vigile sin cesar;
que si no me da á su hija
por su propia voluntad,
por la mia, á D.ª Ana
sabré yo solo ganar.

D. DIEGO. ¿Qué dices?

D. JUAN. Lo dicho, padre,
y yo nunca dije mas
que lo que siempre cumplí;
y adios, que aguardando están
mis amigos y no es justo
hacerles mas esperar.

D. DIEGO. Pero D. Juan...

D. JUAN. Es inútil,
no trateis de verme ya,
que si yo no fuí á veros
bien debísteis sospechar
que me cargan los sermones
del afecto paternal.
Vamos, Camacho.

CAMACHO. (El diablo
no pudiera decir mas).
(Vanse D. Juan y Camacho).

D. Diego. ¡Dios mio! Tú que le escuchas,
da al olvido su impiedad;
que aun cuando malo, es mi hijo,
y ha de dolerme su mal.
Mas es preciso advertir
á D. Gonzalo. Quizás
impulsado por la ira
tratase de atropellar
su casa, y para evitarlo
que alerta esté bastará.
(Vase foro izquierda).

MUTACION.

Calle y ángulo formado por la casa de D.ª Beatriz. Ventana con reja en el piso bajo. Se oye á lo léjos el Coro de estudiantes.

Coro de Estudiantes, *(dentro).*

Vivan las sevillanas,
viva mi niña,
que no hay como su garbo
otro en Sevilla.

—

Cuando vas por la calle,
hasta en el cielo
dicen los angelitos:
—«¡Vaya un salero!»—
Y con tu garbo,
curas tú mas enfermos
que el boticario.

(Va alejándose el Coro, y por el lado opuesto aparecen don Juan y Camacho; este lleva una guzla morisca ó un mandolin italiano).

ESCENA V.

D. Juan *y* Camacho.

D. Juan. Por fin se alejan los mozos.
¡Vaya, si estaban pesados!
Camacho. Y si es noche de jolgorio,
¿qué hallais en eso de estraño?
D. Juan. Si continuan mas tiempo,
yo te prometo que salgo
y pongo fin á la fiesta.
Camacho. Y aquí nos muelen á palos.
D. Juan. Vamos, avanza sin miedo,
ya que libres nos dejaron.
Ten el hierro prevenido
y adelante sin cuidado.
Camacho. Eso el decirlo es muy fácil,
mas yo de todo me escamo;
y como siempre he salido,
por andar en malos pasos,
no por mí, sino por vos,
rudamente apaleado,
cuando aventuras teneis
siento un temblor soberano.
D. Juan. Camacho, tú eres cobarde,
y no has de serlo, Camacho.
Válate tu gran destreza
para cumplir mis encargos,
que si no... yo te aseguro
que á fuerza de linternazos
infundiérate el valor
de que estás necesitado.
Camacho. Lo que es por apalearme
bien lo hicieron los estraños;
y si creeis que es remedio

para curar tal empacho,
lo que es los que á mí me dieron
efecto hicieron contrario,
pues si antes era gallina
ahora ya soy *gallinazo*.

D. JUAN. Camacho, no me impacientes.

CAMACHO. ¿Y cómo he de impacientaros,
si de esa falta, las culpas
sufriéralas mi espinazo?
¡Señor! ¿no vísteis un bulto
á aquella pared pegado?

D. JUAN. El miedo te hace ver bultos,
Camacho, por todos lados.
De una puñada en los ojos
quitárate ese nublado,
si no mirase que estás
conmigo hace tantos años.

CAMACHO. Ese D. Luis de Fresneda,
que de esa dama es hermano,
me infunde un pavor terrible.
Con sus disformes mostachos,
sus votos y su tizona,
me tiene desazonado.

D. JUAN. Pues que se oponga D. Luis,
tan fanfarron y tan bravo,
y veremos de qué sirve
su oposicion ni su brazo.

CAMACHO. No provoqueis al demonio,
porque pudiera escucharos.

D. JUAN. Vamos, abrevia sandeces,
que de impaciencia me abraso.
Doña Beatriz me enamora,
y es, por mi fe, necesario,
que el fuego que me consume
temple el fresco de sus labios.

CAMACHO. (El pecho de mi señor

es un tonel desfondado,
donde cuanto mas penetra
mas falta para llenarlo).

D. JUAN. Deja que yo suelte al viento
este acento enamorado,
y al escucharle Beatriz
acudirá á su reclamo.

CAMACHO. Como gusteis. (Yo tambien
este miedo soberano
entretendré, á mi señor
con mi voz acompañando).

CANTO.

(D. Juan se apoya en el ángulo de la casa de Doña Beatriz, y canta acompañándose con la guzla que le da Camacho).

D. JUAN.

Niña adorada del alma mia,
flor de las flores de Andalucía,
blanca azucena, cándida y pura,
ensueño casto de mi ventura.
¿En dónde estás,
que al llamarte mi acento
no vienes ya?

CAMACHO.

¡Válgame Dios, y qué suerte
que á mí el destino me da,
mirar cual come mi amo
y yo en ayunas estar!

D. JUAN.

Luz de mis ojos, niña hechicera,
de amor rendido, tu amante espera;
por contemplarte, diera mi vida,

que eres del alma, la luz querida.
¿En dónde estás,
que al llamarte mi acento
no vienes ya?

CAMACHO.

En el reparto del mundo
hubo muy poca igualdad;
tres hembras le dió á mi amo,
y á mí ninguna me da.

HABLADO.

D. JUAN. Pues, señor, sigue el silencio.
CAMACHO. Escuchad.
D. JUAN. Si no me engaño
abren.
CAMACHO. Si, tal.
D. JUAN. Déjame
y observa bien, por si acaso.
(Se retira Camacho y Doña Beatriz aparece en la reja).

ESCENA VI.

D. JUAN, D.ª BEATRIZ *y despues* CAMACHO.

D. JUAN. D.ª Beatriz.
D.ª BEATR. Mi señor.
D. JUAN. Bien haya la luz del alba,
que asomando en vuestra reja,
íris de dicha en mis ánsias,
compensa la desventura
que vuestra ausencia me daba.
D.ª BEATR. Callad, señor, que al oiros,
á mi pesar se va el alma
tras vuestro acento.

D. JUAN. Pues deja
que tras mi tierna palabra,
tu alma, Beatriz hermosa,
enamorada se vaya;
que si su instinto te dice
que accedas á mi demanda,
crée del alma los instintos,
que pocas veces se engañan.

D.ª BEATR. ¡Ay D. Juan! yo no comprendo
qué irresistible mágia
en vuestro acento llevais,
que aturdida, fascinada,
como débil mariposa
que vuela en torno á la llama,
me dejo arrastrar al fuego
de vuestra ardiente palabra.

D. JUAN. Es el amor que me inspira
tu hermosura sobrehumana
quien presta el fuego á mis labios
en que tu seno se abrasa.
No temas venga el olvido
tras el favor que se alcanza,
que si la sed es ardiente,
cual la que siente mi alma,
cuánta mas agua se bebe,
se anhela beber mas agua.
Ten piedad de mi tormento
y ese rigor que me mata
amengua, prenda querida.

D.ª BEATR. Teneis, señor, una fama
que, á mi pesar, me amedrenta.
Dicen que olvidais mañana
á la que hoy os adora;
que dó posais vuestra planta,
tórnanse en flores marchitas
las que ayer fueron lozanas;

que fascinais un instante
para causar pena amarga:
y tales cosas he oido,
que amante y enamorada,
y sintiendo, á pesar mio,
que hácia vos se va mi alma,
temo me alcance la suerte
que á tantas les alcanzara.

D. JUAN. Patrañas del necio vulgo,
y solamente patrañas
es tan solo cuanto dicen,
D.ª Beatriz, de mi fama;
si he abandonado á algunas,
que de mi amor se fiaran,
fue porque no hallaba en ellas
lo que mi pecho buscaba.
Mas hoy, que al cabo encontré
virtud y belleza tanta,
no temais que dé al olvido
lo que tanto adora el alma.
(Se oye el Coro de Estudiantes mas cerca).

D.ª BEATR. ¡Quién os pudiera creer!

D. JUAN. Desecha esa duda insana,
y piensa que tu D. Juan,
á tí tan solo idolatra.
No me niegues el remedio,
que mi dolor te demanda,
que quien tanto amor te ofrece,
bien merece buena paga,

CAMACHO. Señor, que se acercan.
(Llegándose á D. Juan).

D. JUAN. ¿Quién se acerca? Vamos, habla.

CAMACHO. ¿Pues no escuchais sus cantares?

D. JUAN. Dí que á otra parte vayan,
que aquí está D. Juan Tenorio,
y no quiere serenatas.

CAMACHO. ¿Y ellos se irán al momento
que yo les diga esa gracia?
D. JUAN. Si no, les haré marchar
cerrándoles á estocadas.
D.ª BEATR. No, por Dios.
D. JUAN. Nada temais.
CAMACHO. (Ya lo temen mis espaldas,
que si él se empeña en zurrarles
sobre mí vendrá la danza).
Ya están aquí.
D. JUAN. Voy al punto.
D.ª BEATR. ¡Por piedad!
D. JUAN. No escucho nada;
estad tranquila, y cerrad
en tanto vuestra ventana.
(Cierra la ventana D.ª Beatriz).

ESCENA VII.

DICHOS, *los* ESTUDIANTES, *despues* D. LUIS.

(Los Estudiantes repiten la estrofa del principio).

D. JUAN. Basta de canto, ¿lo oísteis?
EST. 1.° ¿Y quién es el que lo manda?
D. JUAN. Quien no gusta repetir
dos veces una palabra.
EST. 2.° Dejadnos en paz, compadre.
Muchachos, siga la danza
D. JUAN. Una danza de girones
haré yo en vuestras sotanas
si no os alejais al punto.
EST. 1.° ¡Hola! venís con bravatas!...
pues, aunque usamos manteos,
tambien gastamos espadas.
D. JUAN. Que me place. Tú, Camacho,

por allí; vamos, canalla.
(Empieza á pelear).

EST. 1.° Pronto sabreis si hay valor
debajo de las sotanas.

CAMACHO. (Cónclave de cintarazos,
cardenales en mi espalda).

D. JUAN. Atrás, que basto yo solo
para despejar la plaza.

D. LUIS. *(Saliendo por la izquierda y poniéndose al lado de D. Juan).*
Firme, que voy á ayudaros.

CAMACHO. No le arriendo la ganancia,
que esa gente estudiantil
no tienen la mano blanda.

EST. 1.° Escapemos.

D. JUAN. ¡Ah, cobardes!
(D. Juan y los estudiantes desaparecen por la derecha. D. Luis se detiene y se dirije hácia la casa de Beatriz).

ESCENA VIII.

D. LUIS, CAMACHO, *luego* D.ª BEATRIZ.

D. LUIS. Van huyendo, y en mi casa
Beatriz estará impaciente.

CAMACHO. Un bulto parece que anda
por aquí. Sí tal, se acerca
de Beatriz á la ventana.
¿Será mi amo?

BEATRIZ. ¡D. Juan!
(Abriendo la ventana y con voz recatada).
Nada se siente en la plaza.
¡D. Juan!

D. LUIS. (¿Qué es esto? Beatriz
con voz recatada llama

á un hombre!... Si acaso fuera
ese quo antes peleaba...
Yo descubriré el misterio
envuelto en esa llamada.
(Viendo que se abre la puerta de la casa, y sale D.ª Beatriz).
¡Cielos! la puerta se abre
y Beatriz sale á la plaza.
¡Ay, de ella! si la deshonra
ha penetrado en mi casa.
(D. Luis se adelanta hácia su hermana y la intercepta el paso.)

CANTO.

D. Luis.

¿Do vais, señora?

D.ª Beatriz.

¡Cielos! ¡mi hermano!

D. Luis.

Temblando estais.

D.ª Beatriz.

¡Temblar! ¿Por qué?

Camacho.

Viva la danza.
Si viene el otro
y aquí se encuentran
se armó el belen.

D. Luis.

Responded sin dilacion
y calmad mi inquieto afan;

decid quien es el galan
que causó vuestra afliccion.

CAMACHO.

No es poco pregunton,
curioso es por demás;
¡ay! niña, mal estás
si pierdes la razon.

D.ª BEATRIZ.

(Terrible situacion,
no sé qué contestar,
no acierto á pronunciar
ni aun frases de perdon).

D. LUIS.

Responde, hermana mia,
¿á quién buscas aquí?

D.ª BEATRIZ.

Rumores que en la plaza
ha poco llegué á oir,
creyendo que un peligro
te amenazaba á tí,
en alas de mi espanto
hiciéronme salir.

CAMACHO.

Mal urdido, mal urdido,
no ha de engañarle así.

D. LUIS.

Mintiendo está tu labio,
Beatriz, mintiendo estás;
yo mismo te he escuchado

nombrar á otro galan.
Díme, ese hombre,
díme quien es,
ó mi venganza
sentir te haré.

D.ª Beatriz.

No, no mintió mi labio,
te dije la verdad.
Acude, cielo santo,
mi riesgo á conjurar.
Tú fuistes ese hombre,
tan solo á tí llamé,
y juro que otro nombre
aquí no pronuncié.

Camacho.

No se conforma el mozo,
que es muy ladino á fe;
la cándida paloma
no va á pasarlo bien.

D. Luis.

Infame guardadora
del lustre de mi honor,
si tú le has olvidado
sabré vengarle yo.
El hombre que tu labio
ha poco aquí llamó
han de saber hallarle
mi saña y mi rencor.

D.ª Beatriz.

Piedad, piedad, hermano,
mitiga ese furor,
tu honra se halla ilesa,

no la he manchado yo.
Á tí tan solamente
mi afecto aquí buscó,
no dejes que te cieguen
tu saña y tu rencor.

CAMACHO.

¡Demonio! si la cosa
va cada vez peor,
preciso es que al momento
dé aviso á mi señor.

(D. Luis se lleva á D.ª Beatriz hácia su casa, y Camacho váse por la izquierda).

MUTACION.

Interior de la habitacion de la Salada. Aparecen esta, Ramon y Coro de ambos sexos.

ESCENA IX.

LA SALADA, RAMON, D. JUAN, CAMACHO *y gente del pueblo.*

HABLADO.

D. JUAN. Lo dicho; como padrino
es justo que yo os festeje.
Ahijada mia es Salada,
y aunque de casa saliese
cuando era muy niña aun,
obligaciones que tiene
un caballero, jamás
olvidá.

RAMON. Que se agradece
tan noble cortesanía,
y podeis contar por siempre
con pechos agradecidos

entre estas pobres paredes.

D. JUAN. La cena se encuentra lista.
Vé, Camacho, y haz que cenen;
Bebed sin tiento, que aquí
teneis quien á todo atiende.

UN HOMBRE. Vaya un padrino rumboso.

UNA MUJER. Y es muy galan.

D. JUAN. *(Á Camacho).* (Ya comprendes
que al marido y á los otros
emborracharles conviene.

CAMACHO. Entiéndolo.

D. JUAN. Y sobre todo
que nadie hácia aquí se acerque).

CAMACHO. (Lo que es la que aquí se arme
va á tener diez perendengues).
Con que ¿vamos?

RAMON. De contado.
y tú, Salada, ¿no vienes?

SALADA. Sí tal.

D. JUAN. Y con su padrino.
Mas antes, si tú consientes,
á solas debo decirte,
sobre tus nuevos deberes,
lo que yo como padrino
es justo te recomiende.

SALADA. Pues ya lo creo. Id vosotros,
(Á Ramon y á sus amigos).
que no es justo que desdeñe
á quien vino dadivoso
tanta merced á ofrecerme.

CAMACHO. (¡Jesús! que tuno es mi amo;
quiera Dios que sus mercedes
no nos traigan una tunda
que nos parta).

RAMON. ¿Qué no vienes?
(Á Camacho).

CAMACHO. Al momento.
D. JUAN. *(Á Camacho).* No te olvides
de tratar bien á esa gente.

ESCENA X.

D. JUAN Y SALADA.

(Ambos quedan contemplándose algunos momentos).

D. JUAN. (Pues mi ahijada vale un mundo).
SALADA. (Es un noble caballero
mi padrino).
D. JUAN. Saladita,
(Acercándose á ella).
¿no sabes en lo que pienso?
SALADA. Si no lo decís, señor,
adivinarlo no puedo.
D. JUAN. Pienso, que siendo tan bella,
con ojos tan hechiceros,
con esa tez sonrosada
y esos labios, donde el beso
retoza provocativo;
y ese talle tan esbelto,
y esa gracia que á raudales
va brotando de tu cuerpo,
no debe en humilde estado
vivir prenda de tal precio.
SALADA. Lisonjero habeis venido,
y no es bien ser lisonjero
con quien contenta hasta el dia
no buscó mas alto puesto.
D. JUAN. Envidio de tu marido
la suerte, que eres modelo
de discrecion y de gracia.
SALADA. Vos me honrais sin merecerlo.

D. JUAN. Honrárate mucho mas
si creyeras en mi afecto.
SALADA. ¡Pues no he de creer, señor,
si os debo solo respeto!
D. JUAN. Menos respeto quisiera
y mas cariño.
SALADA. No creo...
D. JUAN. Salada, tú me enamoras;
me fascinas con tu acento
y siento que no he sentido
jamás lo que estoy sintiendo.
SALADA. *(Confusa).*
Señor, os estais burlando,
y obrar así no está bueno;
vos tan rico, yo tan pobre,
hija yo de humilde siervo,
y vos, señor, poderoso,
la posicion que tenemos
á vos os veda mirarme
y á mí me veda el quereros.
D. JUAN. Para D. Juan no hay distancia
cuando ha sentido un deseo.
SALADA. Para Salada sí existe,
que es prudente hasta el esceso.
D. JUAN. Tu prudencia el amor mio
ya la irá desvaneciendo.
SALADA. Sois temible para amar.
D. JUAN. Y tú preciosa en extremo.
SALADA. Poned coto á las lisonjas,
galanteador caballero.
D. JUAN. Apaga tú de esos ojos
el volcan en que me quemo.
SALADA. Me alejaré.
D. JUAN. No harás tal.
SALADA. Mas ¿callareis?
D. JUAN. Si no puedo.

Me enamoras.

SALADA. Imposible.

D. JUAN. Te lo juro.

SALADA. Si no os creo.

D. JUAN. Eres bella.

SALADA. No miradme.

D. JUAN. Yo te diera...

SALADA. Nada quiero.

D. JUAN. Por tu amor...

SALADA. Le tengo dado.

D. JUAN. Dame parte.

SALADA. Si no debo.

D. JUAN. Saladita de mis ojos...

SALADA. Mi marido está allá dentro.

D. JUAN. Yo te adoro.

SALADA. Con los labios.

D. JUAN. Con el alma.

SALADA. Devaneo.

D. JUAN. Tuyo siempre.

SALADA. Soy muy pobre.
para joyas de tal precio.

D. JUAN. Serás rica.

SALADA. No ambiciono.

D. JUAN. Mas ¿no sientes?

SALADA. Soy de hielo.

D. JUAN. Mi pasion...

SALADA. Es fuego fátuo.

D. JUAN. Es muy cierta.

SALADA. No lo creo.

D. JUAN. Pero atiende.

SALADA. Si es inútil.

D. JUAN. ¡Qué cruel eres!

SALADA. Honra tengo.
(Ligera pausa).

D. JUAN. Pues que contigo no bastan
las súplicas ni los ruegos;

pues qué rechazas el alma
que te ofrece amor eterno,
fuerza será que el amante
suceda aquí al caballero.

SALADA. No entiendo lo que decís.

D. JUAN. Que tu amor es mi tormento,
y pues no me le concedes
al demandarle tan tierno,
haré que mi mismo amor
al tuyo busque en su seno.

SALADA. Mirad, señor, lo que haceis,
que si de grado no cedo,
no fue mujer la Salada
que la obliguen los esfuerzos.

D. JUAN. Me enamoras, y tu amor
me ha cegado por completo.
(D. Juan trata de coger entre sus brazos á Salada).

SALADA. Si á defenderme no basto,
vendrán los que están adentro.
(Ramon y los demás hombres hace un momento llegaron á la puerta y escuchan. Camacho trata de llevárseles).

RAMON. Cuando os dije que el galan
de balde no pagó esto...

ESCENA XI.

Dichos, RAMON, CAMACHO, *hombres y mujeres del pueblo.*

SALADA. ¡Ramon!

RAMON. Velaba por tí,
y ya ves si vine á tiempo.
El escudero queria
hacerme beber sin tiento,

pero yo... Marchad, señor,
(Á D. Juan).
que ya veis os conocemos.

D. JUAN. ¿Y quién eres tú, villano,
para mandarme?

RAMON. No quiero
que á pesar de lo que hicísteis
digais os falté al respeto;
pero creedme, alejaos,
porque no respondo de estos.

D. JUAN. Á tí y á ellos, á todos
arrojaré de este puesto
si audaces me provocais.

SALADA. Callad.

TODOS. Á fuera.

CAMACHO. (Esto es hecho,
hechos tajadas salimos
si esta gente forma empeño).

D. JUAN. Cierra con ellos, Camacho.

RAMON. Para los dos bastaremos.
(Comienzan á pelear).

SALADA. ¡D. Juan! ¡Ramon!

RAMON. ¡Déjame!
(Aparece en la puerta del foro un Alcalde y la ronda).

ESCENA XII.

Dichos, Coro de alguaciles.

ALCALDE. Alto.

D. JUAN. Dejadnos.

ALCALDE. Silencio.

CANTO.

CORO DE ALGUACILES.

Quietos, quietos y á la ronda
entregad vuestros aceros,
acatad nuestro mandato
y el escándalo evitad.

SALADA, RAMON, HOMBRES Y MUJERES.

El señor nos provocaba,
él tan solo fue culpable,
castigadle cual merece
y el escándalo evitad.

D. JUAN.

Yo ceder á esta canalla,
de mi nombre fuera en mengua;
ven, Camacho, y con tu ayuda
á la ronda haré escapar.

CAMACHO.

(A D. Juan).
Escuchad, tengo otra idea;
fingiremos entregarnos
y ya fuera de esta casa
nos podremos escapar.
(Los alguaciles rodean á D. Juan, le desarman y se lo llevan, lo mismo que á Camacho. Cae el telon).

ACTO SEGUNDO.

Sala corta en casa de D. Juan. Dos puertas laterales.

Al levantarse el telon Camacho está rodeado de estudiantes, hombres y mujeres del pueblo.

ESCENA PRIMERA.

CAMACHO *y Coro de ambos sexos.*

CANTO.

CORO.

Inútil es negarlo,
sabemos que está aquí,
y á castigar venimos
su loco frenesí.

CAMACHO.

Estais equivocados,
mi amo no está aquí,
decidme á mí en su nombre
por qué os quejais así.

CORO DE MUJERES.

Ese galan mancebo
tan inconstante,

va pidiendo cariño
para burlarle.
Nos ha mentido
y queremos nos vuelva
nuestro cariño.

CAMACHO.

Bueno es el niño
para pagar las deudas
de su cariño.

CORO DE ESTUDIANTES.

En la velada anoche
hubo jaleo,
destrozados quedaron
nuestros manteos.
D. Juan lo hizo,
y queremos nos pague
nuestros perjuicios.

CAMACHO.

Si llega á oiros
con la ropa y el cuerpo
hace lo mismo.

CORO DE HOMBRES DEL PUEBLO.

Á casa de Salada
vino el mancebo,
y si Ramon no es listo,
queda soltero.
Y aquí venimos
á castigar la ofensa
que recibimos.

CAMACHO.

Gracias, amigos,

podeis dar, que la ofensa
quedase en dicho.

(Repiten las mujeres, los estudiantes y los hombres del pueblo los tres últimos versos de sus estrofas).

CAMACHO.

Comprendo vuestras quejas,
lindas muchachas;
mas ¿cómo ha de pagaros,
cuando sois tantas?
Para que os pague,
con toditas vosotras
debia casarse.
Á vosotros, mancebos,
debo deciros,
que la ronda á mi amo
le ha detenido.
Id sin demora,
y todas vuestras quejas
dad á la ronda.

CORO GENERAL.

No nos mientas,
que la ronda
le ha dejado
en libertad;
y al saberlo,
hemos venido
á que pague
su maldad.

CAMACHO.

Pues os juro
que yo ignoro
se pudiera
libertar.
Á su casa
no ha venido,
os lo puedo
asegurar.

HABLADO.

CAMACHO. Son muy justas vuestras quejas;
teneis razon, pero oid,
¿qué adelantais con decirme

lo que me duele sentir,
sin poderlo dar remedio?
Marchad unidos así,
y ante el alcalde D. Bruno
de Barbadillo y Oniz
esponed vuestras querellas.
Si D. Juan preso está allí,
estad ciertos que justicia
presto habeis de conseguir.

MUJER 2.ª Y si libre ya se encuentra.

CAMACHO. En ese caso elegid
entre llevar nuevos palos,
otros chirlos recibir,
perderse nuevas doncellas,
quedarse algun otro sin
la sotana y el manteo,
ó resignados decir,
contentémonos con esto,
y que no pase de aquí.

MUJER 1.ª Vaya un consuelo.

HOMBRE 1.º Este tuno
tiene gana de reir.

ESTUD. 1.º De tal amo tal criado.

HOMBRE 1.º Si monto en cólera al fin...

CAMACHO. No monteis, señor Ramon,
que si caeis sobre mí,
tras de no ganar vos nada,
diérais mucho que decir.

MUJER 1.ª Queremos ver á D. Juan.

MUJER 2.ª Y no nos vamos de aquí
sin que nos haga justicia.

CAMACHO. Vamos, marchaos, salid
y creedme, mas no volvais,
pues si está D. Juan ahí,
con justicia ó sin justicia,
como á gentecilla ruin

os da tanto cintarazo,
que magullados salís
cargando con nuevas cuentas
las que venís á exigir.

ESTUD. 1.° Es que mancos no lo somos.

CAMACHO. Él es menos, y en la lid
perdiendo siempre quedárais.
Ea, vamos, creedme á mí
y obrad como os llevo dicho.

HOMBRE 1.° Pero tal burla sufrir...

CAMACHO. Consolaos con que otros muchos
quedaron tambien así.

ESTUD. 1.° Yo procuraré encontrarle.

CAMACHO. Mas, no os quiero disuadir.

MUJER 1.ª Que se guarde de nosotras.

ESTUD. 1.° Y de nosotros.

CAMACHO. *(Empujándoles)*. Id, id,
y pensad que muchas veces
se alcanza mas sin pedir.
(Vanse Ramon, Salada y Coro).

ESCENA II.

CAMACHO.

¡Válame Dios! qué nublado
se vino tan de mañana.
¿Cómo pudieron saber
que libre D. Juan quedara?
¡Jesús! ¡qué noche! primero
D.ª Beatriz, la Salada
despues; y despues de todo,
para dar fin á la danza,
cuando libre mi señor
de alguaciles se quedaba,
tropezamos con D. Luis,
el hermano de su hermana,

que ardiendo en terrible cólera
á mi señor aguardaba.
Le provoca descortés,
D. Juan remite á su espada
la respuesta, choca el hierro,
cuando una ronda que avanza
por la calle, hace que huya
el D. Luis; D. Juan en casa
da con su cuerpo, y yo doy
tras tanto susto, en la cama.
Mas, ¡qué despertar! ¡Dios mio!
esa muchedumbre asalta
nuestra casa, y un triunfo
fue el conseguir calmarla.
Á cada paso temia
que D. Juan se presentara,
y con su ardor imprudente
empeorase nuestra causa.
¡Ay! lo que cuesta el servir
á galanes de tal fama.

ESCENA III.

CAMACHO *y* D. JUAN.

D. JUAN. Camacho.
CAMACHO. (Ya despertó).
D. JUAN. ¿Qué ha pasado?
CAMACHO. Tropelías,
á que dais márgen vos mismo.
D. JUAN. De lo que dices te cuida,
que sabes sé castigar
tu necia descortesía.
CAMACHO. Me preguntais y os contesto,
y al hablaros repetia
lo que ellos, para vengarse
de vos, castigar querian.

D. JUAN. ¿Y quién son ellos? Responde.
CAMACHO. Los vecinos de Sevilla;
pues por toda la ciudad
hablan de vos maravillas.
Aquí han estado estudiantes,
cuya sotana raida
á pinchazos y mandobles
pusísteis como una criba;
aquí han gritado las madres,
aquí han llorado las hijas,
aquí amenazas paternas
han resonado infinitas,
y hostereros que se quejan,
y busconas muy ladinas,
y comadres maldicientes,
y doncellas afligidas,
entre notas y lamentos,
denuestos y tonterías,
trataban de entrar á veros
para pediros justicia.
D. JUAN. Hiciérasela en buen hora,
tan instantánea y cumplida,
que grata memoria siempre
guardaran de esta visita.
CAMACHO. Pues por evitar el lance
que siendo así preveia,
he procurado calmarles
y que se fueran.
D. JUAN. Se indignan
de bien poco mis paisanos.
CAMACHO. (Pues no sé qué mas querria.
En cuatro dias, tres raptos,
dos muertes, cuatro palizas,
burlar de noche á las rondas
y á las doncellas de dia,
y aun supone que es injusta

de sus paisanos la ira).

D. JUAN. ¿Qué murmurabas, Camacho?

CAMACHO Que es una gran injusticia
lo que hacen los sevillanos
con vos.

D. JUAN. Y por vida mia,
que mas que en Italia y Francia
memoria tendrá Sevilla
de mí.

CAMACHO. (Y lo conseguirá
como de este modo siga).

D. JUAN. ¿Vino la dueña?

CAMACHO. (Esta es otra).
Pero señor, ¿qué manía
os dió del Comendador
tratar de robar la hija?

D. JUAN. Me ha ofendido, y enseñarle
quiero, pues que me obliga.

CAMACHO. Como gusteis, mas presiento
que de esta empresa maldita
va á resultar un gran daño
que mi mente no adivina.

D. JUAN. Ya lo creo, D. Gonzalo
recibirá cruel herida.
Mas cuánto tarda esa dueña.

CAMACHO. No temais, que bien de prisa
tras el iman del bolsillo
aquí vendrá.

DUEÑA. *(Puerta izquierda).*
Ave María.

CAMACHO. ¿No os lo dije? Si el diablo
viene, al llamarle, en seguida.

ESCENA IV.

Dichos, *la* Dueña.

D. Juan. *(Á Camacho).*
Empieza á tratar con ella.
Camacho. Quisiera haber acabado.
Dueña. Deo gracias.
Camacho. Á Dios sean dadas;
pasad sin ningun reparo.
Dueña. Sí que le tengo, mancebo,
y muy mucho me ha costado
el decidirme á venir;
mas vos sois formal, y al cabo...
Camacho. Los escrúpulos se ahogan
cuando brillan los ducados.
Dueña. ¡Tentador!... Dios me perdone,
sed liberanos á malo.
Camacho. Mirad, suprimid latines,
y hablemos, dueña, muy claro,
que ni á mí vos me engañais,
ni yo trato de engañaros.
¿Estais dispuesta á servirnos?
Dueña. Mancebo, segun y cuándo.
Camacho. Y cuánto, querreis decir.
Dueña. Ved que sois muy mal pensado.
D. Juan. *(Pasando al otro lado de la dueña de modo que esta quede en medio).*
¿Acabareis de una vez?
Dueña. ¡Jesucristo!
D. Juan. Sosegaos
y hablemos en paz y breve.
Yo á D.ª Ana idolatro,
y necesito que á hablarla
vos me lleveis de contado.
Dueña. Pero señor, ¿qué decís?

¿os habeis dado al diablo?

CAMACHO. Á vos se dió, que es lo mismo.

DUEÑA. Atrevido, deslenguado.

CAMACHO. Mirad que tengo un bolsillo
que irse quiere á vuestra mano.
(Muéstrale Camacho el bolsillo, ella le ve, y mirando á D. Juan tiende la mano por la espalda para cogerle. Camacho le retira. Este juego ha de repetirse en toda la escena).

DUEÑA. Con que decíais, señor...

D. JUAN. Decia que adoro tanto
á D.ª Ana que mi vida
en su amor he concentrado.

DUEÑA. Mas si estaba prometida
á otro galan.

D. JUAN. D. Gonzalo
ha roto ese compromiso,
á su palabra ha faltado
burlando la fe de un hombre
y mi esperanza burlando.

DUEÑA. Luego sois?...

CAMACHO. El prometido,
que os promete cien ducados
porque vos le prometais
engañar á D. Gonzalo.

DUEÑA. ¿Y pensásteis?...

CAMACHO. Que lo hareis.

DUEÑA. *(Á D. Juan).*
Mas su amor.

D. JUAN. Es puro y santo.

DUEÑA. Es que D.ª Ana...

D. JUAN. Es un ángel.

DUEÑA. Y os ama.

D. JUAN. Benditos labios.

DUEÑA. Mas temo que vos...

D. JUAN. ¿Dudais?

DUEÑA. Son los hombres...
CAMACHO. Ayudadnos.
D. JUAN. Os lo ruego.
DUEÑA. ¿Y qué quereis?
D. JUAN. Hablarla.
DUEÑA. ¡Dios soberano!
D. JUAN. ¿Lo hareis?
DUEÑA. ¡Si es imposible!
CAMACHO. *(Ofreciéndole el bolsillo).*
Ved como brilla.
DUEÑA. *(No pudiéndole coger).*
(¡Malvado!)
D. JUAN. Yo la adoro.
DUEÑA. Todos dicen...
D. JUAN. Os lo juro.
DUEÑA. Si es en falso...
CAMACHO. Es verdad.
DUEÑA. *(Volviéndose á él con ira).*
Á vos no creo.
D. JUAN. Creedme.
DUEÑA. No he de ayudaros.
D. JUAN. ¿Por qué?
DUEÑA. Porque son los hombres...
CAMACHO. Buenos cuando pagan tanto.
DUEÑA. *(Á Camacho).*
Pero si nada cumplís
¿á qué esperanza estais dando?
CAMACHO. Prometed.
DUEÑA. Arriesgo mucho.
D. JUAN. ¿Resolveis?
DUEÑA. Estoy pensando.
D. JUAN. ¿Y D.ª Ana?
DUEÑA. ¡Pobrecilla!
D. JUAN. Habló de mí.
DUEÑA. ¿Qué si ha hablado?...
¿cómo no? siendo doncella,

si de casarla trataron.

D. JUAN. Doleos de mí.

CAMACHO. *(Con el bolsillo).*
Tocadle.

DUEÑA. *(Viendo que no puede cogerle).*
(¡Qué tormento!)

CAMACHO. ¡Es muy pesado!

DUEÑA. Pero acabad.

CAMACHO. Decid vos.

DUEÑA. Ese galan...

CAMACHO. Es mi amo.

DUEÑA. ¿Es mentidero?

CAMACHO. No tal.

DUEÑA. ¿Y ama?

CAMACHO. Cual nunca ha amado.

DUEÑA. ¿Olvidadizo?

CAMACHO. Con otras.

D. JUAN. Pero acabad.

DUEÑA. Id despacio.

D. JUAN. Me impaciento.

DUEÑA. Yo quisiera.
(Á Camacho).
¿Abusará?

CAMACHO. Si es un santo.

DUEÑA. Si saben que yo...

CAMACHO. Si es mudo.

DUEÑA. ¿Y si le vieran?

CAMACHO. No es manco.

DUEÑA. ¿Es muy rico?

CAMACHO. Poderoso.

DUEÑA. ¿Y paga bien?

CAMACHO. *(Poniéndole el bolsillo en la mano y retirándole en seguida).*
Id pesando.

DUEÑA. No acierto...
(No pudiendo tropezar el bolsillo).

CAMACHO. ¿Sentís ahora?
DUEÑA. Dadme.
CAMACHO. Despues.
DUEÑA. *(Dando un golpe con el pié en el suelo, llena de ira).*
¡Condenado!
D. JUAN. ¿Qué decidís?
DUEÑA. ¡Es muy grave!
CAMACHO. Ved dueña que me le guardo.
DUEÑA. *(Deteniéndole).*
No.
(Á D. Juan como si continuara hablándole).
Es muy grave, mas por vos...
D. JUAN. ¿Lo hareis?
DUEÑA. Señor, gran pecado
por vos he de cometer.
CAMACHO. Es pecado muy liviano,
y mas si la absolucion
tiene un peso tan doblado.
(Le da el bolsillo).
DUEÑA. (¡Ay! ¡alabado sea Dios!)
CAMACHO. ¡Lo que pueden los ducados!
D. JUAN. ¿Con que de mí la hablareis?
DUEÑA. Me intereso por vos tanto...
D. JUAN. Y esta noche...
DUEÑA. Vais de prisa.
D. JUAN. Si viérais cuanto la amo...
DUEÑA. Está visto, inútil fuera
que yo quisiera negaros...
D. JUAN. Por la tapia del jardin
penetraré hasta su cuarto.
DUEÑA. Paso, paso, caballero.
CAMACHO. No detengais ya su paso
que si pasa, pasarán
hácia vos nuevos ducados.
DUEÑA. ¡Ay! Quién puede resistirse

á un galan tan bien hablado.

D. JUAN. Qué hora es mejor.

DUEÑA. Las nueve.

D. JUAN. ¿Vos estareis?

DUEÑA. Esperando.

D. JUAN. Gracias, dueña.

DUEÑA. Vaya, vaya,
lo mereceis. Ahora marcho.
Hasta las nueve.

D. JUAN. Sin falta.

DUEÑA. De vos la hablaré entretanto.

CAMACHO. Vaya una dueña ladina.

DUEÑA. Vaya un tuno redomado.
(Váse la dueña. D. Juan entra por la puerta derecha).

CAMACHO. Está visto, mi amo siempre
tiene en su ayuda al diablo.
(Entra por la puerta derecha).

MUTACION.

Sala en casa del Comendador. Al foro terraza que da al rio. Á la izquierda puerta de entrada. Dos puertas laterales á la derecha.

ESCENA V.

D. GONZALO, D.ª ANA.

D.ª ANA. Mas ¿cómo, padre y señor,
pudísteis mudar de idea?

D. GONZ. Razones que no comprendes
y que explicarte me cuesta,
á mi palabra me obligan
á faltar, por vez primera.
Esa boda es imposible.
(D.ª Ana se enjuga los ojos).
¡Y lloras!... Hija, desecha

esos sueños de un instante,
esas nacientes quimeras,
que vale mas que en capullo
tu bella ilusion se muera,
que no, creciendo afanosa,
rica en esperanzas bellas,
creyendo tocar la dicha
hallases amarga pena.

D.ª Ana. ¡Ay! ¡padre! como al calor
de la voluntad paterna
brotó en mi seno la llama
del amor que hoy se me veda,
acostumbréme á querer
á ese galan, que hoy cesa
de ser ya mi prometido
sin que yo le conociera;
si dormia en él soñaba,
le contemplaba despierta,
y una fantástica imágen,
creacion de mi mente inquieta,
constantemente á mi lado
mi vista vió satisfecha,
¿cómo quereis que no llore
si acostumbrada á quererla,
cumpliendo vuestro mandato
hoy de mi lado se aleja?

D. Gonz. Cree que no fue el capricho
quien hizo que así torciera
proyecto que me halagaba.
Es por tu bien, y una prueba
de ello tienes en D. Diego,
que aun tocándole tan cerca,
pagado de mis razones,
no tan solo las aprueba,
sino que él, á esa boda
que renuncie me aconseja.

D.ª ANA. En vano busca mi mente
la razon...

D. GONZ. Saber no quieras
lo que amargos sinsabores,
hija del alma, me cuesta.
Indigno de ti es D. Juan,
que á no serlo, ya estuviera
á tu lado, y yo gozoso
con mirarte satisfecha.
Tú sufres y yo tambien,
mas ambos con faz serena
al dolor haremos frente,
luchando con entereza;
que es un deber en nosotros,
aun cuando el alma padezca,
la honra en que hemos vivido
conservar por siempre ilesa.
(Váse D. Gonzalo, puerta segunda, derecha).

ESCENA VI.

CANTO.

DOÑA ANA.

¡Dios mio! ¿qué siento?
no acierto á explicar
¡mi horrible tormento!
¡mi inquieto anhelar!
Sueños de amor purísimo,
que ciega acaricié,
vuestro divino encanto
jamás disfrutaré.
Imágen seductora,
que yo guardaba aquí,
apártate ligera,
aléjate de mí.

¡Ay! sí, ¡ay! sí,
que es mi destino ingrato
sin dicha subsistir.

ESCENA VII.

D.ª Ana, *la* Dueña.

Dueña. *(Apareciendo por la puerta izquierda y aproximándose á D.ª Ana).*
¿En qué pensais D.ª Ana?

D.ª Ana. ¿Eres tú?

Dueña. Que triste os veo,
y ardiendo estoy en deseo
de templar la pena insana
que os aflige.

D.ª Ana. ¿Y cómo, dueña?
si aciaga la suerte mia,
trueca en amarga agonía
mi ventura mas risueña.
Gozosa ayer, me entregaba
á mis sueños de ventura;
hoy, se cambia en amargura
la dicha que me halagaba.
Sin ver mi doliente afan,
ni contemplar mi dolor,
manda mi padre y señor
que dé al olvido á D. Juan;
y en medio de mi quebranto,
entre el amor y el deber,
la pena embarga mi ser
y empaña mi vista el llanto.

Dueña. ¿Que á D. Juan deis al olvido
D. Gonzalo os ordenó?...

D.ª Ana. Dice que indigno faltó
á su nombre.

DUEÑA. Nada he oido.
Y por cierto que el galan
es conocido en Sevilla,
y... vamos, me maravilla
que así se juzgue á D. Juan.

D.ª ANA. ¿Luego, tú le crees honrado?

DUEÑA. ¿Y quién tal cosa dudara?
Que le oyéseis, me alegrara,
como yo...

D.ª ANA. *(Con interés que va creciendo en toda la escena).*
¿Tú le has hablado?

DUEÑA. ¿Como no, si noche y dia,
presa de amoroso fuego,
se los pasa sin sosiego
mirando esa celosía?
Apenas me ha visto agora,
acercóseme al momento,
y tembloroso el acento
preguntóme:—¿Y tu señora?

D.ª ANA. ¿Eso te dijo? ¡Dios mio!

DUEÑA. Así exclamé, sorprendida
por tan ruda acometida;
mas le miré... y os lo fio,
aquel galan es honrado;
y es gallardo caballero...
hablóme con tal esmero...
está de vos muy prendado.

D.ª ANA. ¿Y qué mas te dijo, dueña?

DUEÑA. Fuera largo de contar.
Preguntaba sin cesar
si le nombrábais risueña,
si pensábais mucho en él,
si le amábais, si dichosa
seríais al ser su esposa,
y... vamos, fuera muy cruel
rechazar amor tan fino.

D.ª ANA. Tanto me ama?
DUEÑA. ¡Con locura!
Dice que sois la luz pura
que ilumina su destino.
Y os llama su sol, su estrella,
sois el iman de su anhelo,
cual vos no hay otra en el suelo
ni mas pura, ni mas bella.
D.ª ANA. ¿Y no era fingido? dí.
DUEÑA. ¡Ay, señora! vieja soy,
y os aseguro que estoy
trémula por lo que oí.
¡Cuánto fuego! ¡qué demencia!
Si le dejárais de amar,
tanto fuera su pesar
que hiciera alguna imprudencia.
D.ª ANA. Dueña, ¿qué quieres decir?
DUEÑA. «Haced que la hable un instante,
—así me dijo el amante,—
que si no, voy á morir.»
D.ª ANA. ¡Morir!
DUEÑA. Y se morirá,
porque es muy grande su pena.
«Vos lo hareis, que sois tan buena»
—él me decia. Ya, ya,
os aseguro que el llanto...
como yo soy tan sensible...
Pero hablaros... Imposible,
y me afectó su quebranto.
¿Tambien llorais?
D.ª ANA. ¡Triste suerte!
Mi padre me manda odiarle,
y yo, que solo sé amarle,
seré causa de su muerte.
DUEÑA. Pues él empeñóse en veros,
y de tal modo me habló..

D.ª ANA. ¡Dueña!
DUEÑA. ¡Qué! si no sé yo
resistir lances tan fieros.
Él os ama.
D.ª ANA. Yo tambien.
DUEÑA. Por vos padece.
D.ª ANA. ¡Dios mio!
DUEÑA. Y temo su desvarío
si le tratais con desden
D.ª ANA. ¿Oíste? *(Escuchando).*
DUEÑA ¡Jesús me valga!
D.ª ANA. ¿Qué tienes?
DUEÑA. Me ha parecido
que en el agua sentí ruido.
¡Jesús! que cierto no salga
lo que se ocurre á mi mente.
D.ª ANA. Habla, mitiga mi afan.
DUEÑA. Temo que osado el galan...
D.ª ANA. *(Tapándole la boca con la mano y llevándose la otra al corazon).*
Calla.
DUEÑA. (Ya estaba impaciente).
(Tras un ligero preludio canta D. Juan dentro).

CANTO.

D. JUAN.

Niña hechicera, por quien suspiro,
calma amorosa mi frenesí,
el viento amigo, mi tierno acento
lleve hasta tí.

—

Peregrino en la tierra
Voy sin sosiego,
de tus ojos buscando
el puro fuego.

Mira mi lloro
y tiéndeme tu mano
porque te adoro.

HABLADO.

D.ª ANA. Dueña, ¿qué dice ese acento
que vibra en mi corazon?
DUEÑA. Diz que por ese balcon
va á subir en un momento.

CANTO.

D. JUAN.

Niña, que el alma mia
demente adora,
templa benigna el fuego
que me devora.
Prenda querida,
dame con tu cariño
mas que la vida.

—

Niña hechicera,
por quien suspiro,
ciego de amores
llego hasta tí.
No me rechaces
con tus desdenes,
ten, bienhechora,
piedad de mí.

HABLADO.

D.ª ANA. Cesó la voz.
DUEÑA. ¿Y temblais?
D.ª ANA. ¡Ay, dueña! medrosa el alma
se estremece.
DUEÑA. Tened calma;

de bien poco os asustais.
(D. Juan aparece en el balcon del foro).

D. Juan. (No sé que siento al posar
en esta estancia mi planta;
siento que aquí se levanta
voz que no sé descifrar).

Dueña. *(Viéndole).* (Ya llegó. ¡Gracias al cielo!
Lo que es falta no hago aquí).

D.ª Ana. *(Viendo que la dueña se quiere ir).*
No te separes de mí.

Dueña. Quiero templar vuestro duelo.
(La Dueña se retira y D. Juan se adelanta. Al verle doña Ana da un grito y cae desvanecida sobre el sillon. D. Juan se arrodilla junto á ella).

ESCENA VIII.

D.ª Ana *y* D. Juan.

CANTO.

D. Juan.

Blanca paloma pura,
ángel de mi amor,
tu virginal pureza
respeto me infundió.
Y ante tu casta imágen,
mi ardiente corazon,
confuso y agitado,
mi bien, se transformó.

D.ª Ana.

Triste de mí,
no puedo á sus palabras
¡ay! resistir.

D. Juan.

Deja, bien mio,
que yo subsista
con el aliento
de tu pasion;
que en esos ojos
y en esos labios,
estoy leyendo
amor, amor.

—

Y esa tu frente,
tan casta y bella,
ahora cubierta
por el rubor.
Toda, mi vida,
sin tú quererlo,
me está gritando
amor, amor.

D.ª Ana.

Callad, señor,
no sé decir,
cómo ese acento
resuena aquí.

D. Juan.

Ana hechicera,
ten compasion,
de quien tan solo
vive en tu amor.
Dí que me amas,
cual te amo yo;
dame, bien mio,
tu corazon.

D.ª Ana.

Como la mariposa
va tras la llama,
en pos de vuestras frases
se va mi alma;
quiero salvarme,
y en vuestro amante fuego
voy á abrasarme.

—

Como las aguas puras
del manso rio,
se pierden en las ondas
del mar bravío.
Ciega y sin calma,
hácia vos se dirije
mi pobre alma.

D. Juan.

Benditos esos labios
que colman mi ventura,
te juro que el pasado
para D. Juan murió.
Bien haya tu cariño,
que así me ha transformado,
bendito seas, bien mio,
bendito sea tu amor.

D.ª Ana.

Bendito sea el cariño
que colma mi ventura,
bendito si al pasado
por siempre renunció.
Dichosa al fin mi alma
será con su ternura;
bendito seas, Dios mio,
bendito sea su amor.

ESCENA IX.

Dichos, la Dueña.

(Precipitadamente por la segunda puerta izquierda).

Dueña. Pronto, dichosos amantes,
separaos.

D.ª Ana. ¡Santo cielo!

D. Juan. ¿Qué sucede?

Dueña. *(Á D.ª Ana).* Vuestro padre
seguido de otras personas,
hácia aquí viene.
Ocultadle.

D.ª Ana. Huid, D. Juan.
(D. Juan va á dirigirse hácia el foro).

Dueña. Escondedle,
que quizá por esa parte
haya alguno que le espie.

D. Juan. Mi espada sabrá dejarme
libre el paso.

D.ª Ana. No, por Dios.

Dueña. Decidíos.
(Mirando á la puerta).
¡Oh! ya es tarde.
Entrad, señora.
(Indicando á D.ª Ana la primera puerta izquierda).
Venid.
(Á D. Juan).
(Dios me ayude en este lance).
(Entra con D. Juan, por la puerta, derecha).

ESCENA X.

D. Gonzalo, D. Luis, Salada *y* Ramon.

D. Gonz. Por mas que vos me digais,
apenas puede creerlo.
Conozco la liviandad
y audacia de ese mancebo,
mas atreverse á mi honra...
eso, D. Luis, no lo creo.

D. Luis. Os repito que D. Juan,
ufanándose altanero,
manifestó á sus amigos
que entraria en el aposento
de D.ª Ana, vuestra hija,
á robarla, sin respeto
ni al honor de vuestro nombre,
ni á su honor de caballero.
Y ya veis cómo estas gentes
tambien os dicen lo mesmo.

Salada. Camacho estuvo en el barrio,
y como en eso ya es diestro,
reunió cuatro ó seis rufianes
que manejan bien los hierros,
y les dijo que esta noche
habian de escalar un huerto
y robar una doncella,
y como el nombre dijeron
del padre, vino Ramon,
me lo dijo, y al momento
decidimos avisaros,
porque D. Juan es muy terco
y si entrar aquí desea,
hará lo que se ha propuesto.

D. Gonz. Que lo intente, y en su vida

sabré vengar, aunque viejo,
la deshonra y el escarnio
de que hizo alarde grosero.
El buen D. Diego Tenorio
dióme ya aviso de ello,
y por guardarla, yo mismo
traje á mi hija del convento;
mas os digo que, á creer
tanta infamia, no me atrevo.

RAMON. ¿No lo creeis? ¡Ay señor!
que sea muy tarde temo.
Cierto estoy que ya ha venido.

D. LUIS. ¡Cierto! *(Mirando las paredes).*

D. GONZ. ¿Qué estais diciendo?

RAMON. ¿Estas prendas, de quién son?
(Por la gorra y la capa de D. Juan que quedaron en una silla).

D. GONZ. ¡Oh! ¡qué infamia!

D. LUIS. ¡Juro al cielo!
que...

D. GONZ. Callad, herido estoy,
y ya veis si me contengo.
(Se llega á la puerta derecha).
D.ª Ana, salid al punto.
(Aparece D.ª Ana, primera puerta, izquierda, la coge D. Gonzalo y la lleva ante la silla donde están las prendas).
Decidme, ¿de quién es esto?

ESCENA XI.

Dichos, D.ª ANA, *y despues* D. JUAN.

D. GONZ. Responde, Ana. Responde
y díme, ¿dónde está el dueño
de estas prendas?

D.ª Ana. ¡Dios mio!

D. Juan. *(Apareciendo en la puerta derecha).*
Aquí está, señor.

D. Luis. *(Dando un paso hácia él llevando la mano á la espada).*
¡Oh!...

D. Gonz. *(Deteniéndole).* Quieto.

CANTO.

D. Juan.

Escuchadme caballero,
escuchad Comendador,
todos, todos vais á oirme
mi espontánea confesion

Coro, Salada *y* Ramon.

Escuchemos, escuchemos
su espontánea confesion.

D.ª Ana.

Temblorosa, palpitante
pende el alma de su voz.

D. Luis *(á D. Gonzalo).*

Nuevas tramas, el infame
por salvarse, concertó.

D. Gonzalo.

De ira tiemblo y me contengo,
dominaos cual lo hago yo.

D. Juan.

Del pasado arrepentido,
deplorando tanto error
llego humilde á demandaros

vuestro sincero perdon.
La virtud de vuestra hija
fue la luz que me alumbró,
y su amor es mi esperanza,
y mi vida está en su amor.

CORO, SALADA Y RAMON.

Quien creyera de sus labios
escuchar tal confesion.

D. LUIS.

Solo el miedo pudo hacerle
formular tal confesion.

D.ª ANA.

Padre mio, sus palabras
se las dicta el corazon.

D. GONZALO.

Hija ingrata, sella el labio;
es indigno de tu amor.

D. JUAN.

D. Gonzalo, yo la adoro,
vuestro enojo refrenad,
concededme á vuestra hija
y mi dicha asegurad.

D.ª ANA.

Padre mio, ved mi llanto,
vuestro enojo mitigad,
yo le adoro y en su vida,
mi ventura solo está.

D. LUIS.

No creais en sus palabras,

solo el miedo le hace hablar,
esta espada vuestra ofensa,
con mi ofensa vengará.

SALADA *y* RAMON.

Nadie atiende sus razones,
no le quieren escuchar.
Mi / Tu } padrino, de esta hecha
cuantas hizo pagará.

D. GONZALO.

Basta, basta, mi paciencia,
tanta infamia agota ya;
con tu sangre solamente,
mi deshonra he de vengar.

CORO.

Nadie, nadie á sus protestas
ningun crédito les da,
el galante caballero,
sus infamias va á pagar.

D. LUIS.

Sois un cobarde,
vais á morir.

D. GONZALO.

Su muerte solo
me toca á mí.

D.ª ANA.

Padre, le amo,
piedad de mí.

D. Juan.

En vano trato
de resistir.
Lo habeis querido
pues bien, venid.
(Lidia con D. Luis y le mata).

D. Gonzalo.

(Arrojándose sobre él).
¡Ay de tu vida!

D. Juan.

(Tirándole un pistoletazo).
¡Pobre de tí!
(D.ª Ana, Salada, Ramon y criados se arrojan sobre el cuerpo de D. Luis y del Comendador. Momento de pausa).

Camacho, *(dentro).*

Cercada está la casa,
el rio libre está,
pronto, señor, al agua;
pronto, señor, saltad.

D. Juan.

Adelantándose hácia el proscenio).
¡Ah!...
Al cielo en mi quebranto
llamó mi corazon,
y pues mi voz no escucha,
no soy culpable yo.

CORO, SALADA *y* RAMON.

(Volviendo de su asombro y adelantándose hácia D. Juan amenazándole)
Entrégate, villano,
entrégate á prision:
morir solo merece
quien tal daño causó.

D.ª ANA.

¡Ah! cielo, horrible noche
de luto y de dolor,
hundióse mi esperanza,
mi dicha ya murió.

D. JUAN.

(Lanzándose á la ventana y amenazando á los criados con la otra pistola y la espada).
Atrás, atrás, canalla,
atrás, ó ¡vive Dios!
que hago con vosotros
lo que hice con los dos.
(Todos retroceden: D. Juan salta por la ventana y cae el telon).

ACTO TERCERO.

El cementerio. Segundo término izquierda, el panteon y estatua del Comendador. A la derecha, el de D. Luis. En el fondo dos panteones iguales con las estatuas de D.ª Ana y D.ª Beatriz.

Tapia practicable que se estiende por la derecha.

Al levantarse el telon se oyen los cantos de una orgía, el choque de los vasos y las palmadas. Despues choque de espadas y tras él un grito, y se ve saltar la tapia del cementerio á D. Juan y Camacho.

CORO DE HOMBRES, *(dentro).*

Viva la danza,
viva el placer,
vivan las mozas,
viva el Jerez.
Á beber, á beber,
á gozar, á gozar.
¡Ay! morena de mi vida,
ven un poco mas acá.
¡Ah!... ¡Ah!...
Tienen toditas las hembras
en el cuerpo un no sé qué,
donde tropiezan los hombres
y donde van á caer.
¡Ay! que no sé,
por qué me gusta tanto
el no sé qué.

(Se oye el choque de las espadas, el grito, y saltan D. Juan y Camacho por la tapia).

ESCENA PRIMERA.

D. Juan *y* Camacho.

D. Juan. Buena manera, á fe mia,
de recibirme en mi tierra.
Camacho. Llegásteis en son de guerra,
y os pagan la bizarría.
D. Juan. No podrás asegurar
que fui yo quien provoqué.
Camacho. Si no fuísteis vos, no sé
quién dió ejemplo al empezar.
Por si á la moza miraba
aquel galan sin rebozo;
por si pidióla el buen mozo
lo que ella ya os otorgaba;
Por si ella, que era ladina,
como las hembras lo son,
á vos os dió la razon,
y al otro plantó en la esquina;
vos de la espada tirais,
insultais al desairado,
otros corren á su lado,
mas con ello os irritais,
y dando al hierro que hacer
y llevándome con vos,
dejásteis tendidos dos
y gritando á la mujer.
Decidme, señor, si en eso
no fuísteis vos el culpable,
yo encuentro vituperable
lo que hicísteis, lo confieso.
D. Juan. Y yo te encuentro tan ruin,
tan tuno y desvergonzado,
que voy á darte...

CAMACHO. Un ducado,
y pongo á mis quejas fin;
y ved que mucho no os pido,
cuando ellos tanto me dieron;
á cintarazos molieron
este cuerpo fementido.
Vuestras riñas, en sustancia,
igual que vuestros amores,
á mí me dan los dolores
y á vos os dan la ganancia.

D. JUAN. Sella el labio, ó vive Cristo,
que yo te le haré sellar.

CAMACHO. Á tal modo de mandar,
Cedo y callo, no resisto.

D. JUAN. ¿En dónde estamos?

CAMACHO. No sé,
porque esto está cambiado,
un convento hay á ese lado,
mas esto...

D. JUAN. Ya lo veré.

(Da algunos pasos, mientras Camacho tropieza con el sepulcro de D. Luis, lo toca, va recorriendo el recinto y toca los de D.ª Ana y doña Beatriz. D. Juan toca el sepulcro de D. Gonzalo).

Césped, mármol, arboleda.

CAMACHO. Piedra, y piedra labrada;
una estatua arrodillada...
Señor, y que yo no pueda...

D. JUAN. ¡Qué silencio!

CAMACHO. Nueva piedra.
Estatuas, cruz sepulcral,
es un sepulcro, sí tal:
¡ay Dios! el alma se arredra
tal vez... ¡Qué rayo de luz!

(Vuelve al sepulcro de D. Luis y lo toca de nuevo).

Cierto, las mismas figuras,
ya no hay mas; son sepulturas
con estatuas y con cruz.
En un cementerio estamos;
hay mas desdichada suerte,
por escapar de la muerte,
aquí con la muerte damos.
Señor, señor.

D. JUAN. ¿Qué te pasa?
¿Sentiste algo?

CAMACHO. ¡Ay de mí!
Señor, salgamos de aquí,
que no me agrada esta casa.

D. JUAN. Á mí sí, y precisamente
aspira feliz mi alma
esta quietud, esta calma...

CAMACHO. Si es muy callada esta gente;
mas ved, y son signos ciertos,
que calma y tranquilidad,
solo se hallan, en verdad,
en la casa de los muertos.

D. JUAN. ¿Te burlas?

CAMACHO. Os hablo en sério.
y reparad mi temblor,
hemos caido, señor,
adentro de un cementerio.

D. JUAN. ¡Un cementerio!... Mi suerte
hasta aquí me ha protegido,
nunca á la muerte he temido,
y voy á ver á la muerte.

CAMACHO. (Pues señor, esta es muy negra,
creí causarle un disgusto,
y para aumentar mi susto,
aun parece que se alegra).

D. JUAN. Con que un cementerio... Bravo,
qué tranquilo voy á estar.

CAMACHO. (Lo dicho se va á quedar),
señor, el gusto no alabo.
Ved que es detestable hedor
el que exhala un cuerpo muerto;
si os quedais, tened por cierto
que malo os pondreis, señor.
Que cuentas teneis muy largas
con los muertos, y si alguno
vengarse quiere... ninguno
vendrá á salvaros...

D. JUAN. Me cargas
con tus escrúpulos necios
y con tu charla tambien.

CAMACHO. (Trata uno de hacer un bien
y le pagan con desprecios).

D. JUAN. Si tienes miedo, te alejas,
y buscas de aquí salida,
mas no vuelvas, por tu vida,
á molerme con tus quejas.
Proporcionóme el azar
á un cementerio venir,
y voy en él á dormir,
y en él voy á descansar.
Que cuando yo este camino
á tantos vivos tracé,
ahora si es bueno sabré
tal cambio de su destino;
y véte, y déjame en paz,
que solo quiero quedarme.

CAMACHO. ¿Pero dónde he de marcharme?

D. JUAN. Donde no mire tu faz
tan afligida y medrosa,
ni escuche tu voz doliente.

CAMACHO. (¡Si querrá que entre esta gente
se halle mi alma gozosa!)
Mirad, señor, que es locura...

D. JUAN. Que calles te dije ya.
CAMACHO. (Si mas hablo, me echará
contra alguna sepultura).
Calmaos, señor, ya me voy;
la salida buscaré,
y si la hallo, volveré
para avisároslo.
D. JUAN. Estoy
bien aquí. Puedes marcharte.
CAMACHO. No pecais de agradecido.
D. JUAN. *(Amenazándole).*
Camacho.
CAMACHO. Perdon os pido...
D. JUAN. No quiero mas escucharte.
Vete al punto, y déjame.
CAMACHO. Ya os dejo, sí tal; me ajusto
por completo á vuestro gusto,
mas por el mio, no á fe.

ESCENA II.

D. JUAN, *despues las estatuas de* D.ª ANA *y* D.ª BEATRIZ.

D. JUAN. ¡Qué soledad! ¡qué quietud!
tras el inmenso bullicio
de la existencia agitada
que he llevado de continuo,
parece que de otro modo
se respira en este sitio.
¡Qué de recuerdos me asaltan!
¡Qué pensamientos sombríos
se presentan á mi mente!
¡Ana! ¡Beatriz! ¡Dos hechizos
que dejé envueltos en llanto
en medio de mi camino!
D. Luis y el Comendador

me obligaron, yo no he sido
su matador, fue su estrella,
y fue quizás mi destino.
¡Ana! ¡Beatriz! ¿Dónde estais?
Tal vez por nuevo cariño
halagadas, de otro amante
acepten el desvarío;
¡Qué necio soy, recordando
mis pasados amoríos!
¿Acaso se acuerdan ellas,
siquiera, del nombre mio?
¡La constancia! Si yo nunca
en la constancia he creido,
¿por qué me sorprendo ahora?
ellas viven y yo vivo;
ellas se habrán consolado,
y yo sin pesar subsisto...
¡Sin pesar!... Hablemos claros,
¿vivir sin pesar he dicho?
¿el recuerdo de mi padre
pesares me ha producido?
¿torturóme la conciencia?...
Sí... *(Desechando esa idea).*
No, por ningun estilo;
empeñóse en contrariarme,
y muerte se ha dado él mismo.
Mas... desechemos recuerdos
que están bien en el olvido,
y ya que salió la luna,
recorramos este sitio.
(Mirando al panteon de D. Gonzalo).
Buen panteon, buena estatua,
el escultor que las hizo
debió quedar satisfecho
de su obra. Mas... ¿qué miro?
Jurara que se parece

ese mármol blanco y frio
á aquel D. Luis de Fresneda...
¡Cierto!
(Mirando el epitafio).
Sí tal, es el mismo.
Esa luna bienhechora
con su luz me ha permitido
leer el nombre. Veamos
si encuentro nuevos amigos.
(Se aproxima al sepulcro de D. Gonzalo y se pone á leer).
Aquí yace D. Gonzalo...
(Haciendo esfuerzos para dominarse).
Vamos, me alegro infinito;
estoy, segun lo que veo,
en terreno conocido.
¿Si será este el cementerio
que mi padre, por capricho,
mandó hacer para las víctimas
de mis locos extravíos?
Mejor, si es así, que estoy
ocupando lo que es mio.
(Mirando al foro).
Y esas figuras, ¿quién son?
(Aproximándose, la luna va á iluminar los semblantes de las estatuas).
¡Cielos! ¿Es esto un delirio
ó una verdad? ¡Beatriz!
¡Ana! ¡Infausto destino;
que por do quiera que voy
la muerte llevo conmigo!

CANTO.

D. Juan.

Castas y puras sombras,
recuerdos de un Eden,
que en mi procaz locura
demente marchité.
Dejad que mi pasado
recuerde á vuestros piés.
Dejad que humilde llore
vuestro perdido bien.
(Queda D. Juan arrodillado al pié de los sepulcros; las dos estatuas de D.ª Ana y D.ª Beatriz desaparecen de sus pedestales. Alza D. Juan la cabeza y ve que no están).
¡Cielos! ¿qué miro?
¡Es ilusion!
¿Do fueron las estatuas
que he visto yo?
(Aparecen las estatuas de D.ª Ana y D.ª Beatriz, donde convenga al mejor efecto escénico).

La estatua de D.ª Ana.

No es ilusion, D. Juan,
escucha nuestra voz,
que por templar tu afan
lo ha permitido Dios.

D. Juan.

¡Misterio extraordinario
que turba mi razon!

D.ª Ana.

Tu planta destructora
posando por do quier,

trocaste la ventura
en triste padecer.
El cielo ya irritado
tu término marcó,
y solo te concede,
á ruegos de las dos,
que al fin arrepentido
perdon pidas á Dios.

D. Juan.

Acento idolatrado,
¡qué extraña confusion
en mi revuelta mente
tu anuncio me causó!

(Se oye el coro báquico anterior y el choque de las copas, y D. Juan, atraido por aquel rumor, se dirige hácia el punto por donde se percibe. Entonces canta la estatua de D.ª Beatriz y se detiene).

D. Juan.

¡Quién por la muerte se apura,
cuando nos llama el placer!

Estatua de D.ª Beatriz.

Deten, D Juan, tu paso,
pon ya término á tu afan,
tu existencia ya es muy corta,
arrepiéntete, D. Juan.
Dios, cediendo
á nuestros ruegos,
avisarte
nos mandó;
un instante
arrepentido
puede darte
salvacion.

CORO DE MONJAS, *(dentro).*

Dios piadoso,
escucha atento
nuestra férvida
oracion.
No rechaces
al que llora,
ten piedad
del pecador.

D. JUAN.

Tembloroso
y agitado
siento aquí
mi corazon.

CAMACHO.

(Va á salir por el fondo y se detiene asustado).

Cielo santo
¡qué sucede!
¿Con quién habla
mi señor?

D. JUAN.

¿Qué me pasa,
qué he sentido
al anuncio
de las dos?
Tembloroso
y agitado
siento aquí
mi corazon.

D.ª BEATRIZ *y* D.ª ANA.

Dios, cediendo
á nuestros ruegos,

avisarte
nos mandó.
Un instante
arrepentido
puede darte
salvacion.

CORO DE ORGÍA.

Viva la danza etc.

ESCENA III.

D. JUAN *y* CAMACHO.

HABLADO.

CAMACHO. *(Que se adelanta hácia él).*
¡Jesús! qué lances, señor.
Si apenas puedo moverme.
Yo que temblando de miedo
vine hácia acá diligente
para decir á mi amo
que no hay nadie que nos cele
en la calle, me hallo aquí
con que esas buenas mujeres
que pareciéronme estatuas
no son ya lo que parecen.
¡Y qué laberinto armaban!
Pues ¿y mi señor? Si tiene
los demonios en el cuerpo.
¡Hablar con muertos!... Cien veces
muerto yo aquí me quedara
si á mí se me dirigiesen.
Pero ¡calle! Es que tampoco
hablar á D. Juan se siente.
(Mirando).
Si la vista no me engaña,

arrodillado parece
que está allí. ¡Vaya un milagro!
sí por cierto, y muy patente,
arrodillarse D. Juan,
que burlóse tantas veces
de todo lo mas sagrado.
(Adelantándose hácia él y llamándole).
¡Eh, señor!... ¡Y no se mueve!
¡Señor! ¡señor! ¡cielo santo!

D. JUAN. *(Volviendo de su ensimismamiento).*
¡Qué nueva vision pretende
turbar otra vez mi espíritu!

CAMACHO. Albricias, Señor.

D. JUAN. ¿Qué quieres?

CAMACHO. ¿Qué he de querer? que al instante
de aquí nos marchemos.

D. JUAN. Vete
y déjame en paz.

CAMACHO En ella
quisiera encontrarme siempre.
(Mas, por desgracia en la guerra
vivimos constantemente).

D. JUAN. Responde, Camacho, díme,
¿Oiste su acento?

CAMACHO. Y fuerte
que os hablaban las malditas.

D. JUAN. ¿Con que no fue de mi mente
tenaz alucinacion?
¿Con que ese mármol inerte
por misterio incomprensible
se animó? Las dos mujeres
á quienes quizás amé,
desde el seno de la muerte
hiciéronme oir su acento...
Déjame, Camacho, vete,
que ni el cuerpo ni el espíritu

ya de aquí pueden moverse.

CAMACHO. (Necio de mí! con mis frases
mayor pábulo prestéle,
y á quedarse va, de fijo,
si aquí mi astucia no vence.
Si hacerle creer pudiera
que alguien por entretenerse
forjó esta farsa sabiendo
que estaba aquí... tal vez diese
el resultado que busco.
Probaré, nada se pierde).
¿Qué estais diciendo, señor?
Nunca tal cosa creyere.
¿Sospechais que muertas ellas
en hablar se entretuviesen?
Jamás hubiera creido
que tanto crédito diéseis
á lo que tal vez un chusco
por divertirse lo hiciere.

D. JUAN. ¡Camacho!

CAMACHO. Quizás soñásteis.

D. JUAN. ¡Imposible! si parece
que aquellas voces purísimas
aquí el corazon las siente.

CAMACHO. Creer que los muertos hablan,
me dijisteis varias veces
que era sandez, y por tanto,
que nunca debia creerse.
¿Cómo, vos, ireis ahora
á dar crédito á sandeces?

D. JUAN. ¿Si dirá verdad Camacho?
si solo una broma fuese
con que en Sevilla mañana
los necios se entretuviesen...
Mas si en el alma he sentido...
¡Ay! si atrevido pretende

burlarse alguno de mí...

CAMACHO. Y prueba de que no miente
mi labio, cuando supone
lo que debe suponerse
que... mirad cuan calladitas
las dos damas permanecen.

D. JUAN. Es verdad. Para sacarme
de esta duda que me hiere
¿por qué no hablais? Contestad.
(Á las estatuas).

CAMACHO. ¿Las veis, señor? no se mueven.
Lo dicho, alguno que os vió
saltar por esas paredes
y ha querido divertirse
á nuestra costa.

D. JUAN. *(Tratando de desechar las ideas que le embargan).*
Sí, tienes
razon. Mas por un momento
llegué el milagro á creerme...
y hasta he sentido pavor...
¡pavor D. Juan, que no teme
ni á los vivos ni á los muertos!

CAMACHO. Marchemos.

D. JUAN. Espera.

CAMACHO. Viene
ya el dia.

D. JUAN. Cuanto mas pienso
que aquí serví de juguete
á cuatro necios, te juro
que en ira el pecho se enciende,
y quisiera demostrarles
que D. Juan á nadie teme.

CAMACHO. Ya lo mostrareis mañana,
si hay alguien que el lance cuente.

D. JUAN. No tal, que voy ahora mismo

á dar prueba bien patente
de que ni muertos ni vivos
pavor me infundió esa gente.
(A las estátuas).
Elegid entre vosotros
uno ó todos, cual quisiéreis,
para venir á cenar
conmigo.

CAMACHO. ¡Señor!

D. JUAN. Detente,
y déjame que concluya.
Que aceptareis me parece,
que de grado yo os lo ofrezco
y debeis favorecerme.
Si tú solo, D. Gonzalo,
cenar conmigo apeteces,
mañana te espero en casa;
y si todos, no me ofenden,
que siempre D. Juan Tenorio
supo obsequiar á sus huéspedes.

CAMACHO. (¡Ay! ¡Cielos! Por enmendarlo
echélo á perder con creces).

D. JUAN. ¿Aceptas, Comendador?
(La estatua hace un movimiento afirmativo con la cabeza).

CAMACHO. ¡Jesús!
(D. Juan se inmuta, pero se repone al momento).

D. JUAN. Bien. ¿Ninguno quiere
de vosotros? Nada importa,
bastante tengo con este.

CAMACHO. (Ya lo creo, y ese sobra
para darme un accidente).

D. JUAN. Ahora, Camacho, andando.
Veremos quién se divierte.

MUTACION.

Sala corta en casa de D. Juan. Al levantarse el telon Camacho aparece por la izquierda dirigiéndose á los criados que sacan una mesa servida.

ESCENA IV.

CAMACHO *y* CRIADOS.

CAMACHO. Sacad la mesa á esta sala
que es lugar mas apartado.
Poned bien esos sillones.
Dios le bendiga á mi amo
con sus terribles manías.
Tiemblo como un azogado,
pensando si vendrá el muerto
como dijo, á visitarnos.
Ya se dirigen aquí
D. Juan y los convidados...
Quiera Dios que este convite
no termine en un escándalo.

ESCENA V.

Dichos, D. JUAN, MARQUÉS *y* CONVIDADOS.

D. JUAN. Vamos señores, pasad.
Ea, á la mesa; sentaos,
mas respetad esta silla.
MARQUÉS. ¿Aguardamos convidado
ó convidada?
D. JUAN. Quien sabe:
una sorpresa os preparo.
MARQUÉS. Tras de dos años de ausencia,
en nada habeis cambiado.
D. JUAN. Sí por cierto, fuí mas mozo,

y vuelvo viejo en dos años.

CABALL. 1.° Pero el alma siempre jóven.

D. JUAN. ¡No veis que la guarda el diablo!

MARQUÉS. Con que, decidnos D. Juan,
¿vais á seguirnos guardando
el secreto de esa silla?

D. JUAN. Si prometeis no asustaros...

MARQUÉS. ¡Asustarnos!

D. JUAN. ¡Sí por Dios!

MARQUÉS. Mal D. Juan nos hais juzgado.

CABALLEROS Decidlo.

D. JUAN. Mucho me temo.

CABALLEROS Hablad.

CAMACHO. (¡Qué soberbio trago
vais á beber! Yo le tengo
aqui, y aun no ha pasado).

D. JUAN. ¿Pero no os asustareis?

MARQUÉS. ¿Tan espantoso es el caso?

D. JUAN. Como mio.

MARQUÉS. Decid, pues.

D. JUAN. Ese asiento está guardado
para un muerto.

TODOS. *(Riendo).* Ja, ja, ja.

CAMACHO. (Reid, reid, mentecatos,
que yo, de pensarlo solo,
apenas sé lo que hago).

CABALL. 1.° ¡Qué ocurrencia!

MARQUÉS. Este D. Juan
con todo está bromeando.

D. JUAN. No hay tal broma; es la verdad.
Anoche, recien llegado
á Sevilla, tuve un lance,
que lances doquier me hallo,
y tras alguna estocada
y algun coleto rajado,
para evitar una ronda

tuve que ponerme en salvo.

MARQUÉS. ¿Pues, fue tan récio el asunto?

D. JUAN. Eran tercos los hidalgos,
y dos quedaron en tierra.
Pues, como os iba contando.
Un tapial mi vista alcanza,
llega en mi ayuda Camacho,
y el uno, despues del otro,
al lado opuesto pasamos.
Procuré orientarme entonces,
y entre sepulcros me hallo;
y así, huyendo á los vivos
los muertos me dan amparo.
Comienzo á reconocer
el lugar donde he entrado,
y de D. Luis de Fresneda
miro la estatua de marmol.
Mas allá el Comendador
sobre su tumba está orando,
y voy encontrando amigos
conforme voy dando pasos.
Ya sabeis que soy cortés
y agradecido, pensando
corresponder al servicio
que en su casa me prestaron,
invitéles á cenar.

MARQÉS. Pero D. Juan...

D. JUAN. D. Gonzalo
me parece que aceptó,
y ya lo veis, aun le aguardo.
(Varios caballeros se levantan).

MARQUÉS. ¿Sabeis que es broma pesada,
si de broma habeis hablado?

D. JUAN. Jamás hablé mas formal.
¿Sentís repugnancia, acaso,
á compartir vuestra cena

con aquel buen D. Gonzalo,
á quien en vida apreciásteis
por lo afable y por lo hidalgo?

MARQUÉS. Para vos, D. Juan, no existe
ni de la muerte el sagrado.

D. JUAN. Vamos, señores, mas calma,
Por Cristo, tranquilizaos;
y pues que aun no ha venido,
bebamos, Marqués, bebamos.

MARQUÉS. Brindemos, si así os parece,
al placer de recobraros.

(Se levantan con las copas. Varios criados entran y apartan las sillas. A los primeros golpes de orquesta se siente un aldabonazo dentro. Momento de sorpresa. Camacho empieza á temblar).

D. JUAN. Aceptado. Vuestras copas.
Escancia vino, Camacho.
(Al golpe Camacho tira la botella).

CAMACHO. ¡Jesucristo!

MARQUÉS. ¿Qué sucede?

D. JUAN. Abre, y brindemos en tanto.

CANTO.

CORO.

No hay en el mundo un placer
como el placer del amor,
ni hay otro goce mayor
como el goce de beber.
Llenad las copas,
llenadlas bien;
no hay otro goce
como el beber.
(Suena otro golpe mas cerca).

HABLADO.

MARQUÉS. Llamaron.

CAMACHO. ¡Y ya mas cerca!
D. JUAN. Mira quien llama, Camacho.
CAMACHO. Señor, señor, si ya voy.
¡Dios me coja confesado!
D. JUAN. ¿Qué es eso? ¿ya no bebeis?
MARQUÉS. Sí, sí; bebamos, bebamos.

CANTO.

CORO.

Para vivir y gozar
se hizo el vino y la mujer,
con ellos el padecer
conseguimos olvidar.
Llenad las copas,
llenadlas bien;
no hay otro goce
como el beber.
(Suena mas cerca otro golpe).

HABLADO.

CAMACHO. ¡Jesús me valga.
D. JUAN. ¿Qué haces?
¿no sientes que están llamando?
CAMACHO. ¡Por sentirlo, estoy sintiendo
un temblor endemoniado!
MARQUÉS. ¡Y los golpes son mas cerca!
CAMACHO. ¡Y tan cerca!
D. JUAN. Vamos, vamos,
sal á ver quien viene ahora.
CAMACHO. ¿Quién ha de ser? D. Gonzalo.
TODOS. *(Asustados).*
¡D. Gonzalo!
D. JUAN. Si está muerto,
¿por qué teneis que asustaros?
A beber. *(Á Camacho).* Y tú al momento
á obedecer mi mandato,

ó si no, juro á mi nombre...

CAMACHO. ¡Ay! no jureis, ya me marcho.
(Vase Camacho, foro).

D. JUAN. ¡Bravo! á beber camaradas,
¿qué os sucede? ¿estais temblando?

MARQUÉS. No tal, no tal á beber.

D. JUAN. Así me agrada, bebamos.
(Se repite la última estrofa del brindis. Al terminar suena un golpe en la puerta de la sala. Todos se asustan, se abre la puerta y entra Camacho desparorido, cierra la puerta y se abre la pared y aparece el Comendador. A su aparicion queda el teatro oscuro y huyen los convidados, quedando solos D. Juan y el Comendador).

CAMACHO. ¡Jesús me valga! ¡Socorro!

D. JUAN. ¿Qué te sucede Camacho?

CAMACHO. Aquí llega.

D. JUAN. ¿Quién, imbécil?

CAMACHO. *(Cerrando la puerta).*
Mas, no entrará. ¡Cielo santo!
(Buena pausa).

ESCENA VI.

D. JUAN *y* D. GONZALO.

D. GONZ. D. Juan, como te ofrecí,
hasta tu casa he venido.

D. JUAN. Aunque un poco tarde ha sido,
de obsequiarte trataré.
Asustaste á mis amigos,
y por cierto, que me pesa,
mas... vamos, ven á la mesa,
y á tu lado cenaré.

D. GONZ. No vine á cenar aquí,
ven á mi tumba, y dispuesta

hallarás la mesa puesta,
y muy grata sociedad.

D. JUAN. ¿Desdeñas mi ofrecimiento?

D. GONZ. He venido á visitarte.

D. JUAN. Pero no quieres sentarte,
y me ofendes, en verdad.

D. GONZ. No me agradan tus manjares.

D. JUAN. Dijérasme los que quieres.

D. GONZ. Ó ven conmigo, ó no esperes
que mas me detenga aquí.

D. JUAN. Iré porque no sospeches
que me inspiraste pavura.
Vamos, pues.

D. GONZ. *(Cogiéndole de la mano).*
Mi sepultura
tan solo te aguarda á tí.

D. JUAN. ¿Qué dices?

D. GONZ. Que sin saberlo
tú mismo te has condenado,
mi convite has aceptado,
y ya en mi recinto estás.
(Transformacion á la vista en el cementerio. En la tumba de D. Gonzalo una mesa y dos platos con fuego y ceniza).

D. JUAN. Cielos, que dice tu voz.

D. GONZ. Que tu fin está cercano.

D. JUAN. Suelta, por Dios, esa mano.

D. GONZ. ¡Insensato, no te irás!

CANTO.

D. JUAN.

¡Oh!...

D. GONZALO.

Llegó el postrer momento,
tu muerte está cercana,

te aguarda ya el infierno,
no hay para tí piedad.

(Se oyen doblar las campanas, brillan los fuegos fátuos en las sepulturas).

CORO FÚNEBRE.

D. Juan, llegó el momento,
tu muerte esta cercana,
el cielo tu extravío
al fin va á castigar.

D. JUAN.

¿Qué dicen esos cantos?
¿qué dice esa campana?
Responde, D. Gonzalo,
responde por piedad.

D. GONZALO.

El cielo en su clemencia,
D. Juan, te dió el aviso,
mas, tú le has despreciado
con loca ceguedad.

D. JUAN.

Aparta, no me toques,
tu voz me hace temblar.

D. GONZALO.

No puedes escaparte,
ya en mi poder estás.

D. JUAN.

(Haciendo un esfuerzo y desasiéndose de D. Gonzalo).

Si un momento solamente
me puede al fin salvar,
Dios mio, yo en tí creo,
me humillo á tu piedad.

ESCENA VII.

Dichos y las estatuas de D.ª Ana *y* D.ª Beatriz.

(Descienden estas desus pedestales, salen del sepulcro y se colocan á entrambos lados de don Juan. D. Gonzalo trata de disputárselo).

D.ª Ana, D.ª Beatriz *y* D. Gonzalo.

Tu voz el cielo ha oido,
Salvado al fin estás.

D. Juan.

Dios mio, yo en tí creo,
me humillo á tu piedad.

(Golpe de tantan, húndense las estatuas con don Juan, y D. Gonzalo).

APOTEOSIS.

(El fondo del cementerio se transforma en un templete rodeado de nubes y lleno de ángeles, viéndose ascender por él las estatuas de D.ª Ana y D.ª Beatriz, sosteniendo el cuerpo de D. Juan).

Coro de Mujeres.

Gloria eterna,
al Dios piadoso,
que aunque fuerte
en castigar,
al humilde
arrepentido,
jamás niega
su piedad.

(Cae el telon).

Rec 25 II 1958

669901

LS
C3527co

Castillo, Rafael del
El convidado de piedra.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED